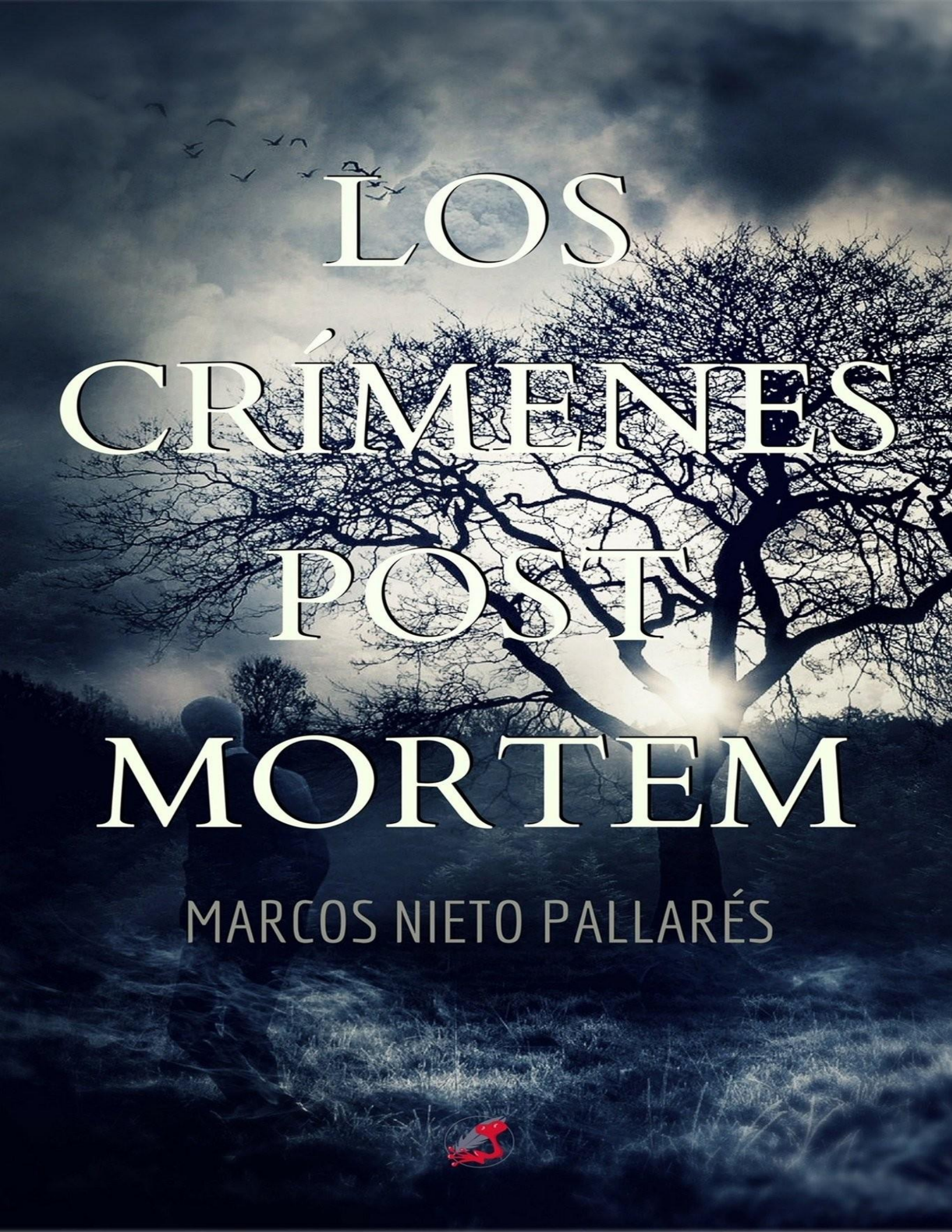




LOS CRÍMENES POST MORTEM

MARCOS NIETO PALLARÉS



*A mis lectores cero.
Sin vosotros, esta novela no sería lo que es.
Sois la clave de mi éxito.*

*Y en especial, al amor de mi vida,
Marta Martín Girón*

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Los Crímenes Post Mortem*

© Marcos Nieto Pallarés

Octubre 2016

Diseño de portada: Marcos Nieto Pallarés

Edición y maquetación: Trabajobbie

Solo la perspectiva de la muerte —la propia, la de los demás, eso es lo de menos— convierte la vida en real. La muerte es la única certeza que tenemos. Cuando morimos el mundo no cambia, sino que desaparece. La muerte no es un acontecimiento de la vida. Pero el asesinato..., el asesinato sí lo es.

Philip Kerr.

ÍNDICE

[Nota del autor](#)
[PRÓLOGO](#)
[NO HAY JUSTICIA](#)
[UN MAL DÍA DE TANTOS](#)
[MENSAJES DESDE LA TUMBA](#)
[¿QUIÉN ERA DEXTER BOOTHE?](#)
[KKK](#)
[LAS BALAS NO IMPARTEN JUSTICIA](#)
[ECOS DEL PASADO](#)
[PAPELES, TRAZOS Y DATOS](#)
[EXTENSIÓN DE LA VIDA](#)
[IEDO EN LOS OJOS](#)
[LA CRUZ ARDIENTE](#)
[EN EL LUGAR MÁS OSCURO](#)
[MAMBO](#)
[CONOCIMIENTOS](#)
[REENCUENTROS](#)
[LA MUERTE Y LA PESQUISA](#)
[FRÍO ETERNO](#)
[BAJO LA PROTECCIÓN DE LAS BAYONETAS](#)
[EPÍLOGO](#)
[EL SECRETO DE AZALEE](#)
[RECUERDOS DE SAL](#)

Nota del autor

La novela que a punto estáis de iniciar, alterna personajes ficticios con reales. De estos últimos, el de Nathan Bedford Forrest, es el más significativo. Obviamente, los datos incluidos en la misma también son verídicos. Y aunque los nombres de algunos sean inventados, están basados en otros que sí existieron.

Y para finalizar mi apunte os dejaré una recomendación: **NO DEJÉIS DE LEER HASTA LA ÚLTIMA PÁGINA.**

PRÓLOGO

¿Cuántas veces te has preguntado cómo será tu funeral? ¿Quién irá? ¿Quién no? y sobre todo, ¿quién llorará tu pérdida? ¿Qué sentimientos nos embargarían al ver los rostros de aquellos a los que tanto hemos amado, asistiendo a ese último adiós?

A punto he estado de averiguarlo, mas la oscuridad de mi ataúd, no permitirá que vea cómo me adentran en la tierra.

En el exterior, las salves suenan y los llantos se escuchan como un susurro lejano. El dolor que se respira tras la madera se intuye, y yo sufro por los que creen me han perdido. Mis seres queridos padecen un tormento inevitable: tormento por un bien común.

No encontré otro modo, no hallé forma alguna de evitar la siguiente muerte. Pero sé, que en este mismo instante, entretanto se me otorga cristiana sepultura, el asesino presencia mi inhumación. Ese malnacido cree que voy a descansar eternamente; y Alder McAlister nunca descansa.

LOS CRÍMENES POST MORTEM

Marcos Nieto Pallarés

CAPÍTULO 1

NO HAY JUSTICIA

Las leyes no son más que un instrumento en manos del hombre, y ante mi desgracia, en el mayor de los casos, confeccionado a favor del poderoso. Con el mismo filo que cortas la soga a punto de partir un cuello, puedes también cercenarlo. Por ello, no creo en la jurisprudencia que decretan los jueces y en la cual han de basarse mis procedimientos: yo creo en los dictámenes que imparten un puñado de hombres buenos. Todo se basa en una misma regla: el poder no cae en manos de la legislación aquí en Chicago. Son pocos los que no se dejan seducir por los sobornos, la coacción, la mentira, la falsedad de pruebas... Y los que como yo se rigen por esa «equidad moral», son malmirados por los que no lo hacen. Mas un hombre ha de guiarse por sus propias convicciones, y las mías son férreas como el acero. Intento seguir las normas, y también resolver lo que todos creen se fragua en un juzgado: lucho por que se haga justicia. Pero en ocasiones, esa misma falta de ética que lo impregna todo, me obliga a escapar de dichos ideales, a atajar por senderos de dudosa reputación. A veces, para alcanzar una recta sentencia, hay que cruzar la línea.

CHICAGO,
1868

Por aquel entonces, mi escenario de trabajo transcurría en la oscuridad, o más bien, en las sombras. Intentaba pasar desapercibido mientras dedicaba mi tiempo a resolver un caso tras otro.

La corrupción salpicaba cada milímetro de la ciudad, y ella también se movía en la penumbra. Un sinfín de delitos que no me atañían en absoluto, a no ser, por supuesto, que acabaran en homicidio de carácter doloso con alevosía, ensañamiento o premeditación; ahí era cuando Alder McAlister entraba en acción. Y en aquel mismo instante, me dirigía a interrogar a un sospechoso de asesinato. Tres mujeres halladas en callejones, violadas y maltratadas. Sin sangre en la escena: solo cuerpos desnudos, blanquecinos, sucios... un corte en cada muñeca. Por lo tanto, se consumían allí donde habían sido vejadas.

Aunque no habría de ser así, el hecho de que las víctimas fueran del sexo opuesto me afectaba sobremedida, convulsionando en mi interior esa ira que descansaba y que, por el bien de

todos, debía seguir dormida. Quizá el tener mujer e hija provocaba en mí dicho efecto desgarrador.

Una pequeña pista llevó a otra, y así sucesivamente hasta dar con quien a punto estábamos de «entrevistar».



Hacía frío. Mi compañero se frotaba las manos entretanto cruzábamos la calle dirección al piso de nuestro hombre. El terreno a nuestros pies se mostraba más enfangado de lo habitual debido a las recientes lluvias, y sobre la calzada se podían distinguir con claridad las marcas de caballos y carruajes.

Buster vestía su habitual chaqué de corte exquisito, en esta ocasión, gris a rayas blancas y negras, bajo el cual lucía también de forma impecable un chaleco a juego, por el que asomaba una camisa blanca de cuello alto. Su inconfundible bigote y su sombrero de copa alta acababan de acicalar su estampa.

—¡Maldito barro! —lamentó al percatarse los bajos de su pantalón impregnados por el lodo. Los zapatos ni siquiera podían vérselo.

Un bloque de paredes ennegrecidas por la humedad, que apenas se mantenía en pie se mostró ante nosotros. La pobreza embadurnaba demasiadas zonas de la ciudad, y se olía en cada rincón, en cada fachada sucia como la que teníamos delante.

—Con pies de plomo —le dije ya dentro del edificio—. Quizá sepa que estamos aquí.

Asintió y al finalizar su gesto, ascendió por las escaleras; las marcas de sus pisadas le sucedían: marrones, embarradas... Sin apenas luz, se nos presentó un largo pasillo acotado en una cristalera; brillaba inducida por la luz dorada del amanecer, que ya despuntaba en el exterior. A nuestra derecha, la puerta tras la cual residía James Stuart. Metí la mano dentro de mi traje y saqué de su funda el arma, al igual que hizo Buster. Nos colocamos a ambos costados de la puerta apoyando nuestras espaldas en la pared, y golpeé la madera con los nudillos.

—Detectives Tolley y McAlister —dije en voz alta con mi Colt bien amarrada entre los dedos—. Queremos hacerle unas preguntas, si es tan amable.

Su respuesta no se hizo esperar: un vendaval de balazos perforó la puerta dibujando en la madera agujeros que también se reflejaron en el yeso. El polvo blanco procedente de los impactos en la pared se mezcló con el ambiente: tosimos como dos viejos fumadores.

—¡Maldito cabrón! —exclamó Buster tapándose la boca, al tiempo que carraspeaba—. ¡Nos estaba esperando, el muy...!

—¡Desgraciado! —grité al tiempo que me disponía a devolverle la bienvenida—. ¡Te cubro!

Disparé contra la puerta, que parecía más bien un colador; Buster le arreó una violenta patada mostrando el interior del piso.

Nos quedamos paralizados ante lo que encontramos.

«Mierda».

Justo ante nosotros, una mujer sentada en una silla: boca amordazada, cabeza gacha... Lucía impactos de bala: marcas que yo mismo le acababa de provocar, teñían de rojo el vestido blanco que portaba.

«*Ese hijo de...* —me dije consternado—. *La he matado*».

Me quedé petrificado ante la desgarradora escena, mientras, Buster se acercó a la mujer y comprobó su pulso; giró el rostro en mi dirección negando con la cabeza.

«*No*».

—¡La ventana! —reparó impetuoso señalando la que se encontraba abierta al fondo del pasillo, tras la víctima.

Corrí y me asomé por ella entretanto mi corazón palpitaba enfurecido. Le vi corriendo calle abajo y advertí cómo una carreta se alejaba ya fuera de mi alcance, donde, con anterioridad, se había lanzado el susodicho. No lo dudé un solo instante. No poseía ese bien que es el tiempo, y me lancé yo también al vacío. Volé en dirección al toldo de una tienda. Al menos seis metros de caída. El descenso duró apenas dos segundos, mas me dio tiempo de sobra a pensar:

«*No puedo desfallecer. No puedo romperme*».

CAPÍTULO 2

UN MAL DÍA DE TANTOS

Rasgué la tela, que amortiguó lo que ya de por sí fue un tremendo impacto. Sentí torcerse mi tobillo. «*No te rompas* —cavilé dolorido al mismo tiempo que, sin poder quitar de mi cabeza la imagen de mi reciente víctima, me levantaba renqueante apretando los dientes—. *Corre, desgraciado, corre...*».

Salí impetuoso, aunque cojeando, ante la atónita mirada de los transeúntes, mostrando mi placa al viento: «¡Detective Alder McAlister!», grité sin dejar de correr al tiempo que mi «presa» doblaba a su izquierda por una esquina. «*Se va a escapar*».

Giré por donde él lo había hecho: nada. Me quedé en plena calle desolado, jadeando, dolorido, siendo observado por los pocos viandantes que quedaban; muchos huían calle abajo. «*¿Qué ha pasado aquí?* —me pregunté maldiciendo entre dientes—. *No puede estar lejos*». Escuché un silbido. Busqué el sonido con la mirada y encontré a un viejo en la acera, con el rostro compungido, apoyado sobre su bastón; no parecía tener intención de escapar a ninguna parte. Alzó la madera que sustentaba su peso lentamente, señalando el interior de un restaurante.

Asentí agradeciéndole el gesto.

Me acerqué agazapado con el revolver bien sujeto entre las manos, y me situé al costado de una de las cristaleras que formaban su fachada. En la misma puerta del establecimiento, vi tirada la pistola del asesino.

«*Sin balas. Menudo idiota*».

—¡Sé que está ahí, detective! —se escuchó desde el interior—. ¡Tire el arma si no quiere ser el causante de otra muerte!

Me asomé fugazmente y vi a ese desgraciado que me había hecho matar a una joven inocente amarrando a otra por el cuello; la hoja de un cuchillo presionaba su yugular. La vestimenta de la mujer... obviamente era una de las trabajadoras del negocio.

«*He de hacer algo, y rápido*».

Entré como si fuera un cliente más, ante la atónita mirada del criminal, y me senté, pistola en mano, en una de las tantas mesas vacías que encontré. Un entrecot a medio terminar acompañado de una copiosa ración de verduras quedó ante mí.

—¡Te he dicho que tires el arma! —gritó fuera de sí, ya recuperado del sobresalto inicial—. ¡Estás sordo!

«*Vamos, aparece*».

—Espera —dije alzando el brazo mientras me acomodaba en la silla, dejaba mi Colt

amartillada sobre la mesa y empezaba a comerme el succulento plato.

—¡La voy a matar, estúpido! —Los nervios del hombre aumentaban al ritmo que lo hacían las lágrimas de la víctima.

«*Dónde te has metido* —maldije entre dientes, comiendo—. *Un entrecot delicioso* —reparé fugazmente—. *He de venir aquí con Valerie...*».

—Si la matas, te mato, ¿lo entiendes? —dije convencido, sin dejar de saborear la tierna y deliciosa carne—. Este juego funciona así: tú me das una excusa para volarte los sesos, y yo me voy a mi casa con el deber cumplido. Y todos contentos, ¿no?

—¿¡Estás loco!? —vociferó escupiendo por doquier—. ¡Te juro que...! —Apretó con fuerza la hoja afilada del cuchillo contra el cuello de la chica, que no dejaba de llorar, y una fina gota roja se le deslizó por su garganta.

Dejé de masticar y le miré fijamente.

«*Vamos, Buster, vamos*».

—¿Crees que si ahora mismo, yo...? —El asesino desvió la mirada al escuchar y ver algo en el exterior, al otro lado de la cristalera.

«*Ahora*».

Me alcé como una exhalación volcando la silla, cogí el revólver, estiré el brazo y apreté el gatillo. Y la parte derecha del hermoso rostro de la joven se empapó con la sangre del criminal, que cayó de espaldas. La muchacha abrió los ojos de par en par, petrificada, y un fino grito, largo y sentido se escapó de su boca; corrió hacia mí hasta abrazarme con fuerza.

—Gracias —susurró en mi oído.

—Lo siento —contesté notando el rojo de su cara en la mía.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Buster ya dentro del establecimiento, jadeante, apoyándose en una silla.

—Por Dios —dije con la chica todavía envolviéndome en sus brazos, muy nervioso; ni siquiera sentía dolor en mi tobillo—. Has de hacer más ejercicio.



Contestadas unas doscientas preguntas idénticas —lo habitual—, y escrito el informe de rigor, me fui al hogar. Vivía en una zona residencial, en una gran casa de amplios jardines delantero y trasero; y no precisamente gracias a mi sueldo. Mi esposa provenía de una familia adinerada, y tras la muerte de sus padres, heredó dinero suficiente como para vivir tres vidas. Y sí, como ya habréis deducido, trabajaba por pura vocación. No necesitaba mi salario mensual en absoluto: otro motivo que me «ensalzaba» ante mis compañeros como persona *non grata*.

Lo primero que hallé al entrar, alertada por el chasquido del pomo, fue a mi pequeña reina: ser que me controlaba como a una marioneta; al final del pasillo, expectante y sonriente.

—¡Papiiii...! —Se lanzó a mis brazos como una leona hambrienta.

De cuclillas, la abracé con fuerza y a punto estuve de soltar una lágrima. El día había sido duro y al sentir el calor del hogar, encontrarme a buen recaudo, mis defensas se relajaban.

Intentaba no pensar en el «qué hubiera pasado si...» y centrarme en lo bueno de mis actuaciones. Procuraba mentalizarme, hacerle entender a mi subconsciente que la joven que había acribillado a balazos estaba condenada, que la mató él y no yo. De no habernos presentado en el piso hubiera muerto. Pero por mucho que intentara demostrarme lo que era una obviedad, no podía evitar que el mundo se me tornara en pesar y tristeza; era, supongo, el precio por luchar contra el mal. Pesadillas, depresiones, humor de perros... todo debía quedar tras la puerta. En el piso de aquel loco ajusticiado se encontró una segunda víctima: tendida en la bañera, desangrada por las muñecas, muerta entretanto se bañaba en su propia sangre; esas cosas eran las que me quitaban el sueño.

Con mi pequeña Janeth en brazos, entré en la cocina disimulando mi leve cojera, donde se hallaba el otro gran amor de mi vida.

—Hola, corazón.

—Hola, detective McAlister —saludó juguetona.

La besé en la mejilla y le palmeé el trasero al tiempo que miraba lo que tenía en el fuego: dos trozos de ternera. Quedé absorto en aquellos pedazos de carne, y mi mente retrocedió en el tiempo unas pocas horas.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó.

—Muy bien. Uno como tantos otros —mentí sonriente mientras Janeth me acariciaba la cara y yo le intentaba morder los dedos—. Aun así estoy agotado. Voy a leer un poco.

—Muy bien, cariño. Mientras, acabaré de preparar la cena.

Me senté en el sofá y me quedé mirando cómo Janeth jugaba con sus muñecas, y pensé, pensé en lo que no debía: una joven había muerto en mis manos, una que quizá algún día fue observada por su padre como yo observaba en ese mismo instante a mi hija. Pero no fui del todo pernicioso conmigo, y también medité en lo que sí debía: gracias a mí, otra mujer prosiguió su vida.

«Tal vez todo ocurra... —cavilé ensimismado en mi niña—, porque ha de ocurrir».

Al acostarme y cerrar los ojos, muchas veces proyectaba en dejarlo todo, en cambiar de empleo, de vida. Pero entonces me invadía una extraña sensación: muchas personas quedarían indefensas si mi placa no se paseaba por las calles de Chicago; futuras víctimas no serían salvadas. Sabía que cada noticia que leyera en el periódico, cada asesinato, cada cadáver hallado, se clavaría en mi mente no dejándome vivir en paz.

Ni siquiera abrí el libro. Me quedé en silencio hablándole a mis propios recelos; de fondo, el sonido de mi hija disfrutando de su inocencia.

Y como siempre, tras cenar me acosté junto a mi amada, y me dormí convencido de lo que era.

CAPÍTULO 3

MENSAJES DESDE LA TUMBA

Amaneció lloviendo. Las nubes, durante la noche, se habían instalado sobre nuestras cabezas mientras soñábamos o teníamos pesadillas —que al fin y al cabo, también son sueños—. Me puse el bombín, nunca llevaba paraguas, y me atavié con un traje negro, cogí el maletín y sobre mi transporte habitual, me dispuse a alcanzar comisaría.

Caía una molesta llovizna, que empujada por el viento, dificultaba la visibilidad al andar y obviamente, al ir en bicicleta. Moverme sobre aquel nuevo invento, regalo de un amigo, ya formaba parte de mi día a día; como suele decirse, los favores se pagan con favores... o, en todo caso, con un obsequio de lo más singular. Atrapar al asesino de una hija, aunque doloroso, siempre se agradece.

Los tenderos, a esas horas de la mañana sacaban la mercancía al exterior con la intención de atraer clientes. Todos me saludaban al pasar. Pero aquel día la lluvia obró unas calles más limpias de lo habitual, y lo agradecí; bastante costoso resultaba ya hacer girar las enormes ruedas de aquel artefacto sobre el barro. Apenas había pedaleado un kilómetro dirección al local ‘Three Songs’, cuando escuché la voz de Jack; todas las mañanas tomaba allí el segundo café del día junto a mi camarada.

—¡McAlister!

Me detuve apoyando un pie sobre el lodo de la calzada; precisamente, el que me había torcido el día anterior. La punzada que sentí me produjo un leve mareo. Tanto me incliné, que a punto estuve de dar de bruces contra el suelo.

«Ayuda a ir más rápido, sí, pero no es nada práctica a la hora de estacionar».

—¡Pasa por el ‘Cementerio Graceland’, han detectado una anomalía en un cadáver! —me comunicó paraguas en mano a lo lejos, sobre la acera.

El subalterno del comisario: un joven policía demasiado verde —e incluso, desde mi punto de vista, algo «bobo»—, como para entrar en acción. Solía pasarse el día recorriendo las calles a demanda: un recadero, vamos.

«¿Anomalía?».

—De acuerdo.

—¡Buster se dirige también hacia allí!

—Gracias, Jimmy.

—Vaya con Dios, detective.

Se despidió haciéndome casi una reverencia.

«Menudo día para visitar un cementerio...».



En la misma entrada, bajo la lluvia, esperaba mi compañero. Bajé de la bicicleta dejándola ante la misma puerta de hierro que le hacía de umbral al reposo eterno de tantos hombres y mujeres. Extraje mi maletín del soporte que yo mismo había inventado para anclarlo en ella, y bien amarrado en mi mano derecha, me dirigí a Buster.

—Vaya mierda de día para ir encima de ese aparato —profirió echándose el vaho sobre las manos—. Vamos, nos esperan dentro.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Creo que han encontrado algo extraño dentro de un ataúd. —Fruncí el ceño.

Por lo general, se nos requería tras el hallazgo de un cadáver; antes de ser enterrado, por supuesto.

—Entremos —requerí meditabundo—. Es de idiotas conjeturar teniendo las respuestas a metros de distancia.

Empujé la puerta. Buster me agarró del brazo.

—¿Estás bien? —preguntó con semblante preocupado—. Ayer no pudimos hablar sobre lo sucedido, y...

—Estoy bien. No quiero darle más vueltas al asunto.

«*No ayuda tampoco que me lo recuerdes*».

—Bien. Veamos qué ha ocurrido ahí adentro.

Un camino que parecía haber sido posado sobre el césped nos guio hacia nuestro destino. La lluvia parecía dispuesta a darnos un instante de respiro. Las gotas, ya apenas se apreciaban; solo su tímido repiqueo al golpear sobre nuestros sombreros y ropajes la hacía patente. Pero el frío... el frío se calaba hasta los huesos, y mis pies, mojados, me enfriaron de abajo a arriba.

«*Malditos zapatos...* —lamenté para mis adentros—. *Se les cuela el agua como a un desagüe*».

A nuestros costados, se apreciaban lápidas erigidas sobre el mismo verde, simples, con epitafios sentidos bajo las cuales descansaban los que en vida pertenecieron a la clase media-baja. Y mezclados entre ellas, ostentosos mausoleos acompañados de hermosas y no tan hermosas estatuas de ángeles y vírgenes; algunas de ellas, perturbadoras. En ellos, descansaban los muertos de clase alta.

«*Incluso tras la muerte, el dinero nos diferencia, nos clasifica* —cavilé entumecido de los pies a la cabeza».

El cielo encapotado desterraba al sol de nuestra vista, dándole al paisaje de tumbas un aura triste y melancólica.

Bifurcado el camino de cemento gris y escogida la ruta a la izquierda, siempre tras los pasos de Buster, divisé dos figuras al final del trayecto, pegadas al muro que delimitaba el cementerio. Una vestía traje elegante y chistera; la otra, harapos sucios llenos de tierra. Esta

última correspondía a un hombre de color. Supuse que se trataba de encargado y sepulturero; y no me equivocaba.

—Buenos días —dije al alcanzarlos. El hombre negro agachó la cabeza en un gesto tímido, casi sumiso. El de traje, en cambio, sí me devolvió el saludo:

—Buenos días, detectives.

—Por decir algo —murmuró Buster—. El día es triste a todas luces.

—Dejemos ya de cumplimentar —espeté cansado de hacer el imbécil bajo la lluvia, que parecía ir cogiendo fuerza—. Esta no es una visita de cortesía. ¿Qué ha ocurrido?

El hombre bien ataviado, que lucía un fino bigote, habló entretanto el negro a su cargo seguía sin reunir el valor suficiente para mirarnos a los ojos:

—Esta zona del cementerio se está hundiendo debido a lo inestable del terreno, y estamos trasladando los féretros a un lugar más estable. Aquí, Cecil... —Señaló al hombre de color—, durante la exhumación del cadáver de un tal...

—Dexter Boothe —susurró el negro todavía sin alzar el rostro.

—Eso —Su jefe asintió—. Avistó algo muy extraño. Pero será mejor que lo vean con sus propios ojos.

El encargado, del cual ni siquiera sabía el nombre —y la verdad, me importaba bien poco —, nos condujo a una caseta de piedra de baja altura. Dentro, encontramos una especie de almacén repleto de pequeños crucifijos de madera amontonados en una esquina, lápidas apoyadas en la pared, flores marchitas... y en su centro, un ataúd sobre dos cajas de las que se utilizan para transportar verduras u hortalizas: escena tétrica como pocas; la falta de luz tampoco ayudaba a alegrar la estampa.

Buster, como siempre, se limitó a observar. El peso de la investigación recaía sobre mis hombros, al menos, en la escena del crimen. Pero luego, ya en frío, sus resoluciones me eran de gran ayuda; más de un caso se había resuelto gracias a sus deducciones.

—Cecil, muéstrales.

El negro se acercó al féretro de madera oscura, de baja calidad, decorado únicamente con una cruz idéntica a las que se amontonaban en el suelo, y lo destapó. Dentro apareció lo que sin duda esperábamos: un cadáver en estado de putrefacción.

—Señor, acérquese, por favor. —Cecil me miró y al fin pude ver su rostro con claridad. Un hombre de unos cincuenta años, canoso y de piel rugosa, con una cicatriz en la parte derecha del labio superior.

Tal cual me aproximaba, la peste procedente del cadáver se manifestó. Saqué un pañuelo de mi maletín y lo llevé ante mis fosas nasales. El reciente fallecimiento de Dexter Boothe permitía todavía advertir, e incluso intuir sus facciones; nada más allá de un simple esbozo de lo que fue. Cecil alzó las manos del difunto ayudándose de dos trapos, y me mostró sus dedos: las uñas rasgadas, rotas, resquebrajadas...

«*Por Dios*».

Empezaba a entender el porqué de todo aquello.

—Mire, señor —susurró señalando la tapa que acababa de dejar contra la pared.

Me acerqué ante la oscuridad persistente y casi sin darme cuenta, mi corazón se aceleró.

Arañazos, múltiples rasguños mezclados con sangre seca que, unidos, formaban en la madera un mensaje: ASESINADO.

«*Le enterraron vivo* —pensé mientras Buster se acercaba a observar el extraño suceso».

CAPÍTULO 4

¿QUIÉN ERA DEXTER BOOTHE?

—Un café, por favor —le pedí a la camarera.

—Otro para mí. —Buster parecía cansado.

—Extraño, ¿eh? —medité en voz alta—. ¿Qué opinas?

—Una de dos: o ese negro ha hecho la inscripción por razones que desconozco, aunque cierto es, que los negros no necesitan motivos para incordiar; o ese tipo se encontró de pronto dentro de un ataúd y a sabiendas que lo habían metido allí premeditadamente, dejó la advertencia, en un intento desesperado por... —resopló— a saber qué se le pasa a uno por la cabeza ante semejante situación.

La camarera vertió café en nuestros vasos.

—Investigaremos a la víctima.

—Si realmente le han enterrado vivo... —dijo Buster tras sorber el café— a alguien le caía más bien mal.

—Pero... ¿cómo? ¿Cómo se entierra a alguien sin que nadie detecte que está vivo?

—Hemos de interrogar a amigos y familiares, y empezar a hilar poco a poco. —Mi compañero, supongo que debido al cansancio, solo decía obviedades—. Seguro que las pistas están ahí, solo hemos de encontrarlas. Aunque he de admitir, que es el caso más siniestro y extraño al que me he enfrentado.

—Te veo cansado.

—No he dormido bien.

—¿Kevin?

El hijo de Buster nació enfermo: sus huesos se fracturaban con facilidad. Su existencia, cambió el día que él llegó, tres años atrás en el tiempo. Lo que debía otorgar felicidad a una pareja bien avenida, a punto estuvo de destruirla. La vida nos depara lo imprevisto: aguardamos lo mejor, y llega lo peor; esperamos la pena, y acontece la dicha. Le gusta jugar con nosotros, ponernos a prueba. Nos criba, nos califica y cualifica en grupos: los buenos y los malos, los libres y los esclavos de esa cárcel de la cual ella misma es carcelera. Las razas, el color, las clases sociales... todo nos aparta de ese único conjunto que existe al nacer: el de los seres humanos. Luego, somos nosotros mismos los que hemos de decidir si luchar o no por estar en dichos grupos. Si nos estaciona en el mal o en la desgracia, de uno depende quedarse cruzado de brazos o combatir por escapar de allí. Muchos logran huir de sus designios; otros, se rinden. Yo, tiempo atrás, decidí llevarle la contraria a la vida.

—Sí, Kevin —susurró y, de nuevo, resolló.

El encargado del cementerio —finalmente me fui sin saber su nombre—, nos facilitó la dirección de los padres de Dexter Boothe. Así que, nos dirigimos a interrogarles.



Gatos revolviendo en la basura, mendigos desparramados en las esquinas, sujetos de dudosa reputación reunidos en pequeños grupos a lo largo de la calle, controlando lo que se movía en lo que ellos consideraban su territorio, y muchos callejones, pasadizos donde esos mismos malhechores se adentraban a resguardarse de las miradas *ajenas*, con la intención de trapichear con cualquier cosa que no fuera legal: los padres de nuestro hombre no vivían precisamente en el mejor barrio de Chicago. Una simple mirada les bastó para detectarnos; un único y rápido vistazo les sobró para advertir que la «ley» andaba cerca.

—Es aquí —indiqué ante un bloque de pisos amarillento—. Mas advertí, que aquella fachada algún día fue blanca. Todo se manifestaba gastado, envejecido por la desidia: el tiempo fluctuaba allí amparado por una dejadez absoluta.

Subimos sucias escaleras a través de paredes todavía más mugrientas. Yo, como siempre, con mi maletín bien sujeto en la mano derecha.

—4°C, es aquí —aseguró Buster—. Espero que no hayamos venido en balde.

Se escuchó sonido en el interior.

—Están —afirmé—. Llama.

Golpeó con fuerza la madera y casi de inmediato, la puerta se entreabrió. En ese pequeño espacio, apareció la faz de una mujer mayor, bien rebasados los sesenta años. Una cadena de seguridad también asomó justo por encima de la señora.

«*Un barrio peligroso* —pensé al ver ese inútil sistema de protección—. *Una buena patada y adiós a puerta y vieja*».

—Policía de Chicago —dijo Buster enseñándole su placa—. Queremos hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué? —Su voz, quebrada, apenas alcanzaba el volumen necesario para escucharse— Estoy muy ocupada.

—Me importa una...

—Su hijo Dexter —articulé diligente cortando el arranque airado de mi compañero.

—Mi hijo está muerto —aseguró mirando a Buster, sorprendida ante su irascibilidad. Luego, tras el sobresalto, pareció decaer y agachó la cabeza, quizá, o muy probablemente, recordando a su hijo.

—Lo sabemos, señora. Solo serán unas preguntas.

La cara arrugada de la vieja se ocultó por el mismo lugar por el que había asomado. La inservible cadena dorada que mantenía la puerta entreabierta quedó colgando de un único punto, dando golpecitos en la madera añeja.

—Pasen —indicó la mujer, mostrando la bata roja que portaba—. Estaba preparando café, ¿quieren?

—Sí, gracias —contestamos casi al unísono, ya dentro de la vivienda.

Buster parecía estar más calmado. Siempre fue un hombre de mecha corta, pero la llegada de Kevin... el sueño y la desesperación se la habían recortado bastante. No podía quejarme: él me había aguantado durante muchos años.

Un piso pequeño, con un pasillo estrecho que daba a parar a un comedor poco iluminado. A mi izquierda, el servicio. Miré al pasar y, pese a la falta de luz, pude advertir la dejadez que atestaba la vivienda, y un intenso olor a orín.

—Mi marido ha salido a comprar pan —explicó mientras nos acomodábamos en un sofá de lo más mugriento—. Si quieren preguntarle algo, no tardará en llegar.

La mujer se ausentó unos instantes y regresó con dos tazas de café; si las había limpiado alguna vez, no se apreciaba en absoluto.

—¿De qué murió su hijo? —pregunté estando ya los tres sentados.

La pude observar detenidamente. Llevaba los labios pintados, o más bien, mal pintados de rojo. Las cejas depiladas, pero con no demasiada gracia, y eran negras cual carbón, como si se hubiera echado algún tipo de producto de baja calidad. De haber sido más joven, la habría tomado por una fulana de tres al cuarto.

—El doctor dijo que se le paró el corazón. Su vida de excesos le mató, supongo.

—¿No observó nada extraño en su comportamiento antes de morir?

Se quedó pensativa un instante.

—Nada fuera de lo habitual. ¿Qué ocurre, agentes? Mi hijo está muerto, no entiendo a qué vienen estas preguntas.

Miré a mi compañero y con los ojos, se lo dije todo: «Solo conseguiremos causarle dolor. No es necesario que sepa más de lo necesario».

Buster asintió de forma pausada.

«De aquí no vamos a sacar nada en claro. Hemos de hablar con algún amigo íntimo».

—Viajaba mucho a Tennessee —dijo de pronto—, a veces, incluso se quedaba allí semanas.

«Tennessee...».

—¿Puede decirnos dónde solía pasar el tiempo libre? —pregunté dispuesto a terminar el interrogatorio.

—En la calle. No hablaba demasiado. Entraba y salía de casa, sin más. Comer y dormir: lo que requería de nosotros. Tras la guerra nunca volvió a ser el mismo, le cambió.

—¿Marchó al frente solo?

Sabía que, por lo general, los futuros soldados se alistaban junto a compañeros o conocidos, y del mismo modo, partían a combatir.

—No. Se fue con su amigo Scott.

—¿Y dónde podemos encontrar a ese tal Scott, señora?

—En el mismo lugar que a mi hijo.

«¿Coincidencia? —pensé al tiempo que mi mirada y la de Buster se volvían a cruzar».

—¿De qué murió? ¿Y cuándo?

—Un mes tras fallecer Dexter, le encontraron tirado en un callejón. Los excesos... también, supongo.

«*Muerte no traumática... Demasiada coincidencia*».

—Una última cosa —dije listo a concluir las preguntas por segunda vez—. ¿Podría enseñarnos su cuarto?

—Claro. —Se alzó—. Sígueme.

Lo hicimos hasta alcanzar el que fue dormitorio de Dexter Boothe. Nada más entrar, quedé absorto contemplando lo que encontré pintado en la oscura pared sobre la cama: a brochazos irregulares, tres grandes «K» amarillas.

CAPÍTULO 5

KKK

—¿Y eso? —preguntó Buster señalando las tres letras con el mentón.

La única respuesta que obtuvo fue un encogimiento de hombros.

—¿Puedo? —solicité señalando el único mueble de la estancia: una mesita de noche. Habitación sórdida, vacía, oscura... a excepción de aquellas tres 'K', que le daban un siniestro toque de color.

La mujer, esta vez, asintió.

«Maldita manía mía esa de no preguntar nombres...».

En el primer cajón, nada; en el segundo, un sobre con matasellos de la ciudad de Pulaski, Tennessee; dentro, una carta. Lo primero que llamó mi atención fue la insignia en el centro del escrito:



Se leía:

«Todo está preparado. Los engranajes se disponen a encajar para que esta, nuestra nación, se alce blanca y limpia. Es hora de reconstruir nuestras devastadas tierras, tradiciones, valores y derechos perdidos. El esclavo debe seguir siéndolo, y si no podemos encadenarlo, que sea el

terror quien le mantenga atado de pies y manos. Anhele impaciente el día de la fundación, el día del nacimiento del clan. Te esperamos impacientes.

Que las cruces se eleven llameantes, mi buen amigo.»

Nathan Bedford Forrest.

Tumbé el maletín sobre la cama y sin mediar palabra, lo abrí, extrayendo de él una hoja en blanco y una pluma; demasiados datos como para confiárselos en exclusiva a mi memoria. Moje la punta en el tintero y escribí mientras los presentes me observaban en silencio:

- Muerte no traumática.
- Soldado en la ‘Guerra de Secesión’.
- KKK
- Viajes a Pulaski, Tennessee.
- Amigo Scott muerto en análogas circunstancias.
- Informe de la morgue.
- Más que probable pertenencia a clan/secta.
- Nathan Bedford Forrest (firmante).

Volví a introducir el papel y cerré el maletín pausado, abstraído en mis manos, pensando todavía en las pesquisas que acababa de escribir en él. Alcé la vista tras batirlas en mi cabeza y miré a Buster; los dos sabíamos cuál debía ser el siguiente paso: el amigo de Dexter Boothe, ese tal Scott, debía ser exhumado.



—Es hora de comer —mencioné tras mirar mi reloj de bolsillo, cruzando la calle—. Nos vemos en comisaría. Hay mucho que debatir con el comisario.

El mismo grupo de sujetos que habíamos visto al llegar, volvió a «repasarnos» con la mirada mientras cruzábamos la calle. Estuve tentado de mostrarles mi placa —aunque supieran perfectamente quién era—, y hacerles un par de preguntas; mas no lo hice. En otra época, ni siquiera lo hubiera dudado.

—Si en ese ataúd encontramos lo que me temo... —dejó caer Buster mientras nos acercábamos a mi vehículo.

Me subí a la bicicleta mientras mi compañero me miraba de soslayo, y acomodé mi trasero en el asiento.

«No le gusta. Siente vergüenza ajena».

—Si hallamos lo que supones... —dije fatigado, deseando disfrutar de unos instantes de distensión en familia—, estaríamos ante el asesino más extraño de la historia de Estados Unidos. No llames al mal fario.

Me despedí con la mano y pedaleé.



Las calles de Chicago desfilaron ante mis ojos como un cúmulo de basura desperdigada. Esquivando carromatos y caballos, sobre el inestable terreno a mis pies, entre relinches y el crujir de las ruedas... pensé. Demasiados crímenes, injusticias, dolor... demasiada maldad filtrada por mis pupilas. Y cada vida a mi alrededor, suscitó en mí la sospecha: «*¿Será un delincuente? ¿Habrá matado? ¿Matará...?*».

Con el tiempo, las caras dejan de significar nada. Un ladrón puede ser una buena persona, y un afamado abogado defensor de las causas justas, la peor de todas. Las apariencias engañan, dicen... y es cierto. En este mi trabajo, se advierte que la maldad no tiene rostro. «Nunca lo hubiera imaginado», suelen decir los vecinos, «parecía una persona normal y corriente...»

«El mal... carece de rasgos».

Mientras mi mente repasaba casos y casos, recordé uno en particular, que además, venía muy al caso de lo que andaba pensando: el bautizado como ‘el padre de la muerte’. Sin duda, el más traumático de mi carrera.

CINCO AÑOS ATRÁS 'IGLESIA DEL SANTO NOMBRE'

CHICAGO

Tras interrogarle, le correspondía el turno al padre Clarence, mi confesor habitual desde hacía ya muchos años. Cuatro niños desaparecidos y el último, ocupaba el «puesto» de monaguillo en «su» iglesia, la para mí, más bella de 'la ciudad del viento'. Así que, y como mero trámite, le pronuncié las cuatro preguntas de rigor. Tras esto, le tocaba a él filtrar desdichas.

«No sé qué hago viniendo aquí todos los días... —cavilé ya dentro del confesionario, bebido; mi trasero posado en ese diminuto banco que tantas confidencias escuchaba—. Mis pecados no van a redimirse con un par de «Ave Marías», ni a devolvérmela».

Al tiempo que rumiaba, su rostro, como una sombra siniestra asomó tras la pequeña ventana, casi una mirilla, tras la cual el padre Clarence pretendía —como si eso fuera posible— expiar mis faltas.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—¿Qué has de confesar hoy, hijo?

—Lo mismo que ayer, padre.

—Te escucho.

—Volví a discutir con Valerie.

—¿Bebiste?

—Ni siquiera lo recuerdo. He despertado en el sofá, pero su mirada lo ha dicho todo.

—Debes dejarlo, Alder. Eres un buen hombre, pero el alcohol te transforma en una bestia. Lo perderás todo. Sabes que estoy en lo cierto: tu trabajo, tu mujer, tus amigos... te darán la espalda si sigues así.

«Ya lo están haciendo. Pero... no soy capaz».

—Lo haré, padre.

—He escuchado esas mismas palabras muchas veces, lo sabes.

—Lo sé... —suspiré— Lo sé.

Siempre la misma parafernalia: prometía dejarlo y al día siguiente volvía tan borracho como el anterior. Pero aquella vez... aquella fue distinta. Tres horas tras mi confesión, el padre Clarence fue hallado culpable del asesinato de aquellos cuatro niños. Los violó y emparedó en una falsa pared del sótano de esa misma iglesia de la cual yo era devoto.

Nunca más volví a pisar una.

CAPÍTULO 6

LAS BALAS NO IMPARTEN JUSTICIA

Me esperaba al final del pasillo. Como siempre, atenta a mis pasos, agazapada, acechando sin urgencia a su presa, a su padre.

—¡Papi! —gritó corriendo hacia mí con los brazos abiertos, nada más cerré la puerta.

—Hola, princesa —saludé estrechándola con fuerza entre los míos, al tiempo que colgaba mi bombín en el perchero—. ¿Cómo ha ido la mañana?

—Bien. En el colegio hemos hecho un dibujo. Se lo he regalado al tío Benjamin, espero que no te enfades.

—Claro que no, cariño.

«Benjamin... ¿Otra vez mamá?».

—Ve a jugar —«ordené» al tiempo que le daba una palmadita en el trasero—. Luego papi te acompaña.

Entré en el comedor mientras Janeth se sentaba con sus muñecas sobre el mismo suelo. Enseguida, sonriente, Valerie asomó su bello cuerpo por la puerta que daba a la cocina; en sus manos, un plato, que frotaba con un paño húmedo.

—Hola, amor —me dijo justo antes de que mis labios la acallaran con un sentido beso.

—¿Benjamin ha estado aquí? —pregunté inquieto—. ¿Mi madre?

Asintió compungida.

—Está muy preocupado. Ha vuelto a caerse y ve, como todos, que su estado no es el idóneo para vivir sola, y lo sabes.

—Pero también tú sabes que se niega en rotundo a abandonar su casa. Qué hago, ¿la obligo? No se irá del lugar donde compartió más de cuarenta años con su amor, dice cada vez que intento convencerla. Y te aseguro que de hacerlo, nos hará la vida imposible. La conozco bien, e incluso, si me pongo en su lugar, puedo llegar a entenderla. De alguna manera, esas paredes le hacen sentir cerca de mi padre.

—Claro que la entendemos, cariño, pero... hay que hacer algo.

—Esta tarde pasaré a verla, e intentaré pactar con ella una solución que nos contente a todos. Que acepte al menos una cuidadora. Con eso me conformaría.

—Todos lo haríamos, amor.



—Y este tipo tan guapo, ¿quién es? —pregunté sentándome a su lado, cogiendo un muñeco que nunca antes había visto—. ¿Es nuevo?

—Sí. Me lo ha regalado la tía Susan.

—¡Mira qué bien! —enfaticé exagerado—. ¿Y se puede saber cómo se llama?

—¡Sí! ¡Es Alder McAlister, el mejor detective de Chicago! —contestó enérgica—. Bueno... del mundo.

—¿Ah, sí? —Reí al tiempo que me lo quitaba de las manos— ¿Así que soy yo?

—Sí, eres tú, papi. Y mira, le he hecho una pistola.

Cogió del suelo un pequeño trozo de periódico enrollado en forma de 'L', y se lo acopló a una de sus manos de trapo. Puso de pie a sus cinco muñecas y emuló tirotearlas: «¡Peing, peing, peing...! —gritó rabiosa». Las volcó como si esas ficticias balas las hubieran «liquidado» sin piedad.

—¡Alder McAlister impartiendo justicia! —vociferó apretando los dientes.

Recordé a la muchacha que apenas veinticuatro horas antes había acribillado sobre una silla: su vestido manchado de rojo, sus ojos en blanco a juego con las telas que la vestían, los espasmos de sus brazos, colgando inertes a ambos costados de su cuerpo, goteando sangre por los dedos...

«No suele ejecutarse sola, es cierto, y las leyes, por lo general, no ayudan a que se imparta de forma ecuánime. Buscar al margen y darle su merecido a aquellos que hacen el mal es en realidad la única justicia recta, la única que no yerra si se adjudica a la persona indicada. Mas dichos edictos se hallan ahora fuera de mi alcance; no siempre fue así».

—Cariño —dije en tono distendido, sin creer un ápice de lo que apunto estaba de asegurar—. Las balas no imparten justicia, lo hacen los jueces y la ley.

Me miró a los ojos y asintió sonriente arropada por su inocencia; inocencia, que como a todos el tiempo extirparía de cuajo.

—¡La comida está lista! —se escuchó desde el interior de la cocina.

Janeth se alzó como una exhalación mientras yo fijaba la vista en aquellas cinco muñecas desparramadas sobre el suelo del comedor; mi versión en juguete, impertérrito ante ellas. Mi imaginación le dibujó a aquel rostro de paño una diabólica sonrisa.

«Sigue ahí y todo marchará bien, aletargada, dormida en mi interior. No vuelvas, ira, ya me costaste una vida, no tienes cabida en este Alder McAlister».



La comisaría, como siempre, persistía inmersa en la más absoluta e incansable agitación. No disfrutaba de su ambiente apresurado, sus gritos, sus resoplantes... Odiaba el sonido de las pisadas sobre su suelo de madera, ese golpear que en mi mente se clavaba como si un pájaro carpintero picoteara mi cabeza por dentro. Detestaba advertir cómo allí la corrupción lo impregnaba todo; me provocaba náuseas. Por ello, la evitaba en lo posible.

La puerta se cerró y esos molestos sonidos que me alteraban menguaron de intensidad, hasta alcanzar un nivel soportable. Esperé tras mi mesa de despacho, meditando en lo extraño del caso a que Buster y Brooks entraran. Este último, lo haría por el simple hecho de verme allí: una invitación en toda regla. Como ya he dicho, eludía a toda costa aquel lugar, a no ser, por supuesto, que necesitara los «servicios» del comisario.

El primero en pasar fue mi compañero. Lo hizo pausado, en apariencia cansado.

«Kevin —pensé mientras se acercaba».

—Brooks está de camino. Me ha visto y creo que se le han erizado hasta los pelos del culo.

Aquello me hizo sonreír incluso a mí, que no era de hacerlo demasiado durante el devenir de mi trabajo.

La puerta se abrió de nuevo, y el jefe hizo acto de presencia.

—McAlister, Tolley... —dijo asintiendo—. ¿Qué os trae por comisaría?

Me alcé de la silla y deposité sobre la mesa mi maletín, extrayendo la nota que había escrito en el dormitorio de Dexter Boothe.

—Cada vez que haces eso me tiemblan las canillas, ¿lo sabes? —manifestó muy serio.

—Sí, lo sé —contesté sonriente a sabiendas que me tenía en alta estima. De ahí que me permitiera evitar la comisaría más de lo habitual. Le bastaba con que resolviera un caso tras otro.

Leí mentalmente:

-Muerte no traumática.

-Soldado en la ‘Guerra de Secesión’.

-KKK.

-Viajes a Pulaski, Tennessee.

-Amigo Scott muerto en análogas circunstancias.

-Informe de la morgue.

-Más que probable pertenencia a clan/secta.

-Nathan Bedford Forrest (firmante).

En el tercer punto alcé la vista.

—¿Le suenan de algo tres ‘K’: KKK?

Brooks negó con la cabeza frunciendo el ceño.

—Lo imaginaba.

—¿Qué habéis encontrado en ese cementerio?

—Nada, de momento. Pero necesitamos exhumar un cadáver.

—¿Qué? ¡No, por Dios! —exclamó visiblemente exasperado—. ¿Sabéis la de firmas que requiere lo que pedís?

Lo sabíamos.

—Podemos saltárnoslas —dejó caer Buster como si nada—. Desenterramos, vemos y volvemos a enterrar. Si lo que hallamos confirma lo que nos tememos, hablamos entonces de rubricas, y si no, nos las ahorramos.

El comisario suspiró largamente. No era la primera vez que le pedíamos «atajar» por caminos que casi rozaban lo ilegal, o, para qué engañarnos, lo invadían de pleno. No me gustaban dichos métodos, pero a veces, cuando el tiempo apremia, se tornan el único recurso; y Brooks lo sabía.

Tras permanecer meditativo unos segundos, habló de nuevo:

—Acudid a ‘Graceland’ a media noche, yo me encargo de todo. ¿Algo más?

—Por supuesto —afirmé dirigiendo la vista de nuevo al papel—: informe de la morgue de Dexter Boothe Harris y Scott Hall Carter, y datos sobre un tal Nathan Bedford Forrest, de Pulaski, Tennessee. Por el momento es todo.

—¿Ya está? ¿Solo eso? —preguntó Brooks claramente sarcástico— ¿Una exhumación, dos informes y datos...? ¿Ya?

—No —dijo Buster tranquilo—. ¿Me trae un café?

CAPÍTULO 7

ECOS DEL PASADO

La encontré sentada en su mecedora, cosiendo. Si me escuchó entrar, no mostró síntomas de haberlo hecho. Me acerqué mientras su cuerpo se balanceaba sutilmente, de forma fluida e ininterrumpida, y me acuclillé a su lado.

—Hola, mamá.

Ladeó la cabeza y pausada, me sonrió.

—Hola, hijo. ¿Has ido a verla?

—¿Qué?

—A Elisabet, tu hermana —matizó fría, displicente—. Si has ido a verla.

—Sabes que voy todos los domingos.

Apenas cinco días de mi última visita, y su estado había empeorado sobremanera. Me miraba como si ante ella se hallara un desconocido, aunque supiera perfectamente quién estaba a su lado. Observaba a su hijo como a un ente translúcido, como si atendiera a algo más allá de él. Y me sentí sumido en la más profunda de las tristezas. Mis ojos se empañaron de lágrimas al tiempo que un cúmulo de recuerdos originaban su descenso por mis mejillas.

—Mamá —dije sin advertir cambios en su estado casi catatónico—. Te quiero.

Nada: su rostro solo mostró una sonrisa senil.

«No puede tomar decisiones».

Acaricié su arrugada mano, me alcé mientras ella seguía mirándome como a un extraño y la besé en la frente. Sin despedirme, me dirigí a la salida. Justo antes de alcanzarla, me pareció oír algo: «Tú la mataste», creí entender; mas seguí andando como si no hubiera escuchado nada.

«La vida nos deja desamparados al nacer, y vuelve a hacerlo cuando se acerca el fin. ¿Por qué? ¿Qué motivos tiene para concebir semejante necedad? —medité ya en la calle, sentado en el escalón de la puerta—. Siempre he pensado que su propósito es unirnos, hermanarnos ante la falta de vínculos que pueblan la Tierra. Por ello, nadie es capaz de sobrevivir tras emerger al mundo, sin los cuidados de otro ser humano. Y de este modo, sin apenas darnos cuenta, crea una serie de nexos que, en el tramo final de nuestros días, son los que nos asisten a perecer dignamente. El padre ayuda a nacer y crecer al hijo, y tras ese lazo nacido entre ambos, ese amor arbitrado por los años, el hijo le ayuda a morir felizmente. O al menos, es como creo que la existencia pretende que suceda. Ella se empeña en ligar almas; somos nosotros, los que en el mayor de los casos, obramos que no sea así».



Mismo cementerio: lápidas, cruces, mausoleos... muertos. Pero esta vez, la luz de una gran luna llena iluminaba nuestros pasos. El encargado, con cara de pocos amigos —el comisario seguro le había apretado bien las tuercas—, nos guio hasta el lugar donde reposaba Scott Hall Carter. Allí esperaba Cecil como siempre cabizbajo, que ya había desenterrado al susodicho. Un ataúd oscuro idéntico al que rasgó con sus propias uñas el «bueno» de Desxter Boothe, hasta destrozarse los dedos; un agujero poco profundo al costado de dos crucifijos.

—Procede —ordené señalando al negro y, de inmediato, la caja de madera oscura.

—¡Espera! —exclamó Buster alzando el brazo—. ¿Apostamos?

—Enterrado vivo —aseguré taciturno—. Y no creas que lo deseo. Preferiría marchar a casa y abrazar a mi mujer e hija, que ahí dentro —dije con la voz ostensiblemente cansada— no hubiera más que un cadáver con las manos cruzadas a la altura del pecho, y no se advierta movimiento alguno.

Cecil apenas alzó la vista durante nuestra insustancial conversación, se limitó a escuchar en silencio, quieto. El sueño y la fatiga, unidos al hastío provocado por los sucesos vividos, ocasionaban que nuestras bocas expulsaran esas palabras que no conducían a ninguna parte.

—Pues yo me llevaría una gran decepción si el caso se quedara en una simple anécdota —musitó Buster. Supuse que bromeaba. Aunque quizá no lo estuviera haciendo en absoluto, y realmente deseara escapar de esos tormentos que le esperaban al llegar al hogar—. Un viaje a Tennessee no me vendría nada mal: la tranquilidad del sur...

«Está desquiciado. Y eso no es bueno».

—Dejemos de perder el tiempo —aseveré apartando al negro de un manotazo, casi tirándolo al suelo, farfullando, agotado tras aquel día funesto, y abrí el ataúd lanzando la tapa por los aires. La parte que quedó en dirección a las estrellas y que había permanecido de cara al cadáver durante su «reposo eterno», no revelaba ningún epígrafe. Mas lo que vimos dentro, solo dio pie a una interpretación: andaba suelto un asesino que, de alguna manera, arrebatava la vida de sus víctimas después de verificarse su muerte y ser enterradas: las ejecutaba en su propio féretro.

CAPÍTULO 8

PAPELES, TRAZOS Y DATOS

Buster esperaba ante la barra.

—Buenos días, compañero —saludé descansado.

—Hola, Alder. —Como siempre, sus ojos se escondían al fondo de unas marcadas ojeras. Sophie, nuestra camarera habitual, vertió café en los vasos como hacía cada mañana.

—Va a ser inevitable viajar a ese maldito pueblo de Pulaski —lamenté—. Todo nos arrastra allí.

—Lo sé. Tomémonoslo como unas vacaciones.

Sonreí mientras sorbía mi café.

—¿Cómo está Kevin?

—Igual que siempre —contestó con semblante afligido—. Él no va a cambiar. Somos nosotros quienes hemos de adaptarnos a su deficiencia. Le he acoplado unas maderas a la cama y las he forrado con mantas para que no se golpee por las noches... En fin: hago lo que puedo y está en mis manos. Ni siquiera los médicos entienden su enfermedad...

—Todo se arreglará. Cuando crezca, sus huesos se harán fuertes y él mismo cuidará de ellos.

—Eso espero. —Su boca emitió un susurro cansado, como lo estaba él: física y mentalmente—. ¿Y tu madre?

—Muy mal. Benjamin va a buscarle una cuidadora.

—Lo siento.

—Supongo que es ley de vida. El tiempo nos marchita poco a poco; a algunos, más rápido que a otros.

—Creo que conmigo le están entrando las prisas. —Buster sonrió mirándome a los ojos, con los suyos entrecerrados.

Devolví la sonrisa al tiempo que me levantaba y golpeaba cariñosamente su espalda.

—Vayamos a hablar con la madre de Scott Hall. Demos tiempo al comisario para que reúna los datos que le pedimos, y no nos odie todavía más.



—Esa —señaló la enfermera desde la puerta.

No sería fácil sonsacar algo de aquella mujer. La encontramos sentada en el centro de la sala de recreo, donde los ancianos, los más seniles, se dedicaban a... no hacer nada: mirar a través de las ventanas, deambular... simplemente, dejaban pasar el tiempo en pos de la muerte. Y en su silueta vi reflejada la de mi madre, su misma falta de conciencia, de percepción... de vida.

—No puede hablar, detectives. Está así desde la muerte de Scott: intentó arrancarse la lengua a mordiscos. La amarramos a la cama... pero encontró la forma y casi lo consigue. —La enfermera negó lentamente con la cabeza—. Es una buena mujer, pero no soportó la pérdida de su único hijo. La visitaba casi todos los días, y se apreciaba entre ellos una relación muy estrecha.

«Entonces, quizá sepa algo —pensé mientras la señora Carter tan solo respiraba—. Pero no va a ser fácil.»

Colocamos dos sillas ante ella y nos sentamos. Vestía, como todos los presentes, una bata azul que le caía hasta más allá de las rodillas. Su pelo era blanco, no canoso, sino de un hermoso nívico casi marfil. Y su boca se apreciaba hinchada, supuse que debido a los mordiscos que ella misma se había provocado.

«Debe llevarla vendada».

—Buenos días, señora.

Nada.

—Estamos aquí para hacerle unas preguntas sobre su hijo —proseguí sin que su mirada se despegara de las blancas manisas del suelo—. Somos los detectives Alder McAlister y Buster Tolley.

Nada.

Buster acercó su boca a mi oído y musitó:

—Díselo.

«Ha alcanzado el límite del dolor —cavilé entristecido, sin poder quitar de mi cabeza la imagen de mi progenitora».

—Creemos que fue asesinado —le informé sin titubeos.

Lentamente, su rostro se alzó hasta que sus ojos se fijaron en los míos, y asintió de la misma forma.

«Lo sabe».

—Ayúdenos a encontrar al malnacido que lo hizo —dijo Buster adelantándose a mis palabras, que no hubieran distado mucho de las suyas.

La anciana quedó pensativa unos instantes, y temí que regresara a su anterior estado. No lo hizo. Imitó el gesto de escribir con una de sus manos, como si esbozara algo sobre el aire; o eso intuí.

«Quiere revelarnos algo».

Posé el maletín sobre mis rodillas y lo abrí, y al igual que tantas otras veces, extraje una hoja en blanco, tintero y pluma. Yo mismo remoqué su punta en el negro y denso fluido, y se la acerqué a la vieja. La cogió. Trazó pausada. Terminó. Levantó el papel mostrando lo que había escrito: siete palabras:

«Pulaski.»

Ku Klux Klan.
Nathan Bedford Forrest.»



La puerta se cerró mitigando el molesto ruido del exterior. Brooks esperaba frente a su amplia mesa de despacho.

Esto es lo que tengo —dijo sin ni siquiera esperar a que nos sentáramos, tirando tres papeles sobre ella—. Dos informes, casi idénticos, y la documentación sobre Nathan Bedford Forrest.

—Gracias. —Los leí.

Confirmaban lo que me temía: la muerte de ambos. Sin ser un entendido en la materia, no dejaban lugar a dudas:

- Ausencia de latido cardíaco.
- Ausencia de movimientos respiratorios.
- Inconsciencia y falta de movimientos voluntarios y reflejos.
- Ausencia de respuesta a estímulos dolorosos.

Eran mucho más extensos, pero aquellas líneas resumían en esencia su contenido: estaban ambos más que muertos.

En el otro escrito...:

Nathan Bedford Forrest, General del Ejército Confederado. Nacido en Chapel Hill, en el condado de Marshall, [Tennessee](#), siendo el mayor de doce hermanos. Dueño de varias plantaciones y mercader de esclavos en [Memphis](#).

Acabada la guerra, se retiró allí, donde al arruinarse financieramente debido a la abolición de la esclavitud, entró a trabajar en una compañía ferroviaria de la que es hoy presidente.

«Han creado, o están creando una especie de clan a favor de la esclavitud y en contra de los negros —deduje sin esfuerzo—: ese tal Ku Klux Klan».

Y en ese mismo instante, mientras mi cerebro le daba vueltas a todo, recordé la carta firmada por el mismísimo sujeto en cuestión: *«Es hora de reconstruir nuestras devastadas tierras, tradiciones, valores y derechos perdidos. El esclavo debe seguir siéndolo, y si no podemos encadenarlo, que sea el terror quien le mantenga atado de pies y manos.»*

—¿Qué dicen? —preguntó Buster señalando los papeles con el mentón.

Giré el rostro en su dirección y sonreí de forma casi inapreciable; quizá solo yo intuí mi propia sonrisa.

—Dicen que nos vamos a Pulaski, Tennessee.

CAPÍTULO 9

EXTENSIÓN DE LA VIDA

—Ten mucho cuidado —me dijo justo antes de que abriera la puerta, más cargado que una mula: dos maletas y mi maletín—. Sin ti no sabría qué hacer...

La miré y sonreí. Tan bella, pura, llena de vida... Y me acerqué tarareando nuestra canción, la que sonaba el día que la conocí.

—¿Bailamos?

—Estás loco, Alder McAlister —musitó devolviéndome el gesto en forma de una completa y hermosa risa: música celestial para mis oídos.

La cogí de las manos con ternura y bailé con mi esposa al son de ese canturreo que solo nuestros oídos escuchaban.

—¿Qué hacéis?

La voz de mi otro amor, al final del pasillo.

—Bailamos. ¿Quieres?

Asintió al tiempo que colocaba su pequeño cuerpo entre los nuestros, y nos fundíamos en un abrazo triple.

Y entre risas, danzamos.



El carruaje esperaba justo al final del pequeño jardín que hacía de entrada a la casa. El viaje sería largo y agotador, de eso no cabía la menor duda. Esperaba poder dormir al menos durante el trayecto en tren, para que de este modo, el tiempo pasara un poco inadvertido.

A través de la ventana de mi transporte observaba la ciudad en todo su esplendor: calles siempre atestadas de transeúntes, que, bajo los toldos que ofrecían sombra ante los escaparates, paseaban; niños jugando con cualquier cosa que divirtiera sus vidas; relinches de caballos al trote y el crujir de la madera en carretas, carros y carruajes; hermosas damas acompañadas de sus parejas, de punta en blanco, alzando levemente el sombrero al cruzarse con amigos y conocidos; gran cantidad de bigotes, bastones, relojes de bolsillo... Digamos, que todo aquel acervo junto, moviéndose entre los edificios, constituía la zona dulce de Chicago. Luego, apartado de ese azucarado bullicio, se podían encontrar los bajos fondos, más agrios: sector que yo solía visitar de forma mucho más asidua.



Desperté alertado por un sinfín de sonidos: el llanto de un niño, el traqueteo del tren, la gente al avanzar por mi costado... estaba sentado justo al lado del pasillo. Miré a través del cristal y advertí lo cercano de nuestro destino; en apenas minutos, al menos atisbé cinco plantaciones de algodón abandonadas. Buster dormía plácidamente ante mí, descansando de esos problemas hogareños que poco a poco se alejaban de su cuerpo, más no de su mente. Tres días de viaje combinando carruaje y tren: calvario que me dejó molidos trasero y espalda.

«Venganza —pensé al tiempo que un niño me miraba desde el otro extremo del estrecho corredor que delimitaba el vagón por su centro. Le sonreí aún adormecido—. *Algo hicieron esos dos hombres que acabó causándoles la muerte. Y seguro está relacionado con ese Ku Klux Klan. Y también es seguro, que ese tal Nathan Bedford Forrest, intuirá por qué fueron enterrados en vida de forma premeditada; otra cosa, es que quiera compartir su sabiduría*».

Demasiado tiempo dándole vueltas a cada pesquisa, cada posibilidad. O simplemente, como hacía en ese instante, meditando sobre los impulsos de la mente humana:

«*Siempre he creído que se utiliza como una extensión a la vida, cuando se nos arrebatan las ganas de proseguir. La venganza erige ante nosotros una senda de ira por la cual continuar respirando. Es tras alcanzarla, cuando todo termina. Sé por experiencia, que las conclusas suelen acabar con el suicidio del ejecutor. Quizá por ello, hay represalias que se alargan infinitamente en el tiempo. Como si el mismísimo vengador supiera, que al consumarla, su existencia carecerá de esa prolongación que le da sentido. Por ello, no presiento que nuestro hombre tenga prisa en cumplir la suya. Suponiendo, claro está, que todavía se esté ejecutando*».

La bocina del tren se escuchó estridente; inequívoco sonido que anunciaba el arribaje a la estación. Yo, más malhumorado de lo habitual, le pegué una patada a las piernas de Buster.

—Despierta. Hemos llegado.

Rebufó y me miró con semblante iracundo; lo normal, supongo, cuando te desvelan a puntapiés.

—Hagamos lo que hemos venido a hacer aquí —le dije sonriente tras arrepentirme de mi gesto, intentando aplacar su estado—. Ya descansaremos esta noche como es debido.

Asintió entre resoplidos.



Tres días sentados y estábamos más exhaustos que nunca. Buster exhibía unas ojeras descomunales; más que un hombre, parecía un mapache.

Pulaski se percibía en calma. De anchas calles y amplios espacios entre viviendas, árboles numerosos y pequeñas extensiones ajardinadas que, combinadas con el marrón de la

tierra a nuestros pies, perfilaban un paisaje a retales vivos y apagados. El escaso tránsito la hacían también cómoda de callejear; tranquilidad que mi mente acogió complacida.



No hizo falta mirarle dos veces para advertir la clase de hombre que era; su rostro hablaba por sí solo: sus penetrantes ojos, marcados pómulos, afilada nariz, tenso entrecejo... Llevaba el pelo bien peinado hacia atrás, ondulado levemente en la parte alta de la cabeza, más alborotado en los extremos. Y portaba una larga y frondosa perilla negra que le daba un aire robusto, aun siendo un hombre de complexión delgada.

Sería duro de roer. Pero yo creía poseer la llave que abriría el cerrojo de su voluntad.

CAPÍTULO 10

MIEDO EN LOS OJOS

El comisario se encargó de informar a la autoridad competente de nuestra llegada y esta, anunciar a Nathan de la inminente «entrevista». Nos recibió en la habitación del hotel donde se hospedaba; el mismo en el que lo haríamos nosotros justo al terminar el interrogatorio.

Habitualmente residía en Memphis. Tuvimos suerte: visitaba Pulaski según él, tratando asuntos comerciales. Solo pensar en otro desplazamiento...

—¿Qué les trae tan lejos de Chicago, detectives? —preguntó tras las presentaciones de rigor, sentado ante un pequeño escritorio pegado a la pared de la habitación—. ¿En qué puedo ayudarles?

Vestía un traje beige confeccionado a medida, o al menos, se le ajustaba al cuerpo como un guante. Camisa abotonada hasta el cuello, zapatos brillantes a juego con una pajarita que lucía negra como su pelo. Me atrevería a decir, que conjuntaba también a la perfección con su alma.

—¿Conocía a Dexter Boothe Harris y Scott Hall Carter? —interrogué aun sabiendo la respuesta, de pie a su lado. Quería comprobar su disposición.

Su semblante mutó de lo impasible a lo intranquilo.

—Sí, les conocía —contestó supuestamente relajado. Yo sabía que no lo estaba—. Sentí mucho sus muertes, buenos chicos. —Cogió una pluma del escritorio y la mojó en el tintero que se encontraba ante su mano derecha, y como si estuviera solo, empezó a escribir en una hoja en blanco. Sobre la madera, había también un pequeño retrato del presidente Jefferson—. Pero no entiendo a qué viene su pregunta, detective McAlister.

—Fueron asesinados —aseveré tajante, intentado desestabilizar su aparente calma: buscando más allá—. Y creemos que está relacionado con ese clan del cual es usted líder. Creo que alguien se está vengando por alguna de las «fechorías» que perpetran a la luz de la luna.

—No es lo que tenía entendido. Me comunicaron su muerte como una natural. Aun así, el Ku Klux Klan no es más que un club social que divierte a los ciudadanos de Pulaski. Nadie busca venganza porque un puñado de encapuchados le queme cruces en la puerta de casa.

—Deje de tratarnos como a unos estúpidos —airó Buster en tono violento—. No soy amigo de los negros y usted tampoco, así que no nos haga creer que no fueron más lejos, que solo se limitaron a asustarles. No sé qué hicieron, pero enfadaron y mucho a alguien.

Dejó de escribir, depositando la pluma en el tintero y nos observó con detenimiento frunciendo el ceño, cariacontecido.

—¿Me están acusando de algo, señores? ¿Saben con quién están hablando?

Sus palabras sonaron amenazantes. Tanto, que incluso llegaron a desconcertarme por un instante. Nada más que un instante.

—Teniente general Nathan Bedford Forrest, en el Ejército Confederado de los Estados Unidos de América. Nacido en una cabaña de dos habitaciones en una zona rural de Tennessee, y criado junto a diez hermanos, la mitad de los cuales, incluyendo uno gemelo, murieron de fiebre tifoidea. Su padre, herrero, cultivaba alimentos para subsistir junto a su madre, una mujer muy alta, de casi dos metros. —El citado no abrió la boca: se limitó a escuchar el resumen que yo mismo hacía de su propia vida—. A los veintiún años se marchó del hogar y se convirtió en uno de los hombres más ricos del sur, dedicando sus esfuerzos a las plantaciones y comercio de esclavos. Cuando estalló la guerra, se incorporó al Ejército de la Confederación al ver peligrar su modo de vida. Gran estratega, que ascendió a oficial, dicen, por méritos propios. Acusado de crímenes de guerra en la Batalla de Fort Pillow, donde mató a gran cantidad de soldados, muchos de los cuales eran negros esclavos liberados recientemente o blancos sureños antiesclavistas, que ante la presencia de los confederados se negaron a rendirse...

Asintió al tiempo que aplaudía hosco mi exposición.

—Veo que ha hecho bien su trabajo, detective.

—Mucho tiempo libre, y me ha dado por preguntar por ahí sobre usted. He de admitir que ni siquiera conocía de su existencia, pero es muy conocido en estas tierras. Muchos le consideran un hombre de honor; otros, un carnicero.

—Tenga cuidado con lo que dice, detective. Si me culpa de algo, mejor que tenga pruebas. O será yo quien le acuse a usted. ¿Cree que no podría echarles de aquí a patadas?

—¿Algún componente de su... club social —interpelé sarcástico— ha fallecido recientemente?

Debía darle un motivo para no cumplir sus amenazas, darle razones para cooperar.

—Sí —atestiguó mostrando cada vez más el desconcierto en sus ojos—. Hará un mes...

—Y me atrevo a vaticinar que de muerte natural, ¿cierto?

—Cierto.

—Pues ha de saber, señor Forrest, que su amigo fue enterrado vivo. Y no precisamente a causa de un error médico. Alguien, de algún modo, quiso que así fuera, que despertara en su propio ataúd para fenecer en él. Y creo que usted intuye los motivos.

Su expresiva mirada pasó esta vez de la turbación a la congoja.

«Y bien que lo sabes, malnacido».

—Y diré algo —proseguí rozando el límite de lo inapropiado—: más le vale no haber formado parte de lo que provocó su ira, pues entonces, puede que sea usted el próximo que despierte en un frío y húmedo cementerio, enclaustrado bajo tierra en su propio féretro.

Acababa de rebasar el límite de lo inadecuado sobradamente.

—No consentiré una sola intimidación más —farfulló el interrogado mostrando un tremendo enfado—. No puedo ayudarles, detectives. Tengan un buen día. —Extrajo de nuevo la pluma del tintero e ignorándonos, comenzó a escribir dándonos la espalda.

Ni siquiera nos despedimos. Mas las cartas estaban sobre la mesa. Y lo más importante: justo antes de abandonar la estancia, vi el miedo en sus ojos.



—Si lo sabe, si fue partícipe de lo que ha generado este sinsentido... —manifesté ya en la calle—, él mismo se encargará de ayudarnos. Cuando se advierte la posibilidad de una más que dolorosa muerte, uno hace lo posible por evitarla.

—Comprobará la veracidad de nuestras palabras, y una vez las corrobore con sus propios ojos... —Buster sonrió—. Me gustaría ver su cara cuando desentierre a ese ex compañero de club.



Desperté todavía agotado, sintiendo mis huesos y articulaciones agarrotadas. Encontré a Buster sobre su cama, mirando al techo de la habitación pensativo.

—Si yo fuera él... —murmuró— lo primero que haría sería avisar a la prensa y a las autoridades. Filtrarí la noticia de un asesino que ajusticia... ¿tras matar a sus víctimas? Ni siquiera sé cómo describir su *modus operandi*.

—No tengo ninguna duda de que así lo hará.

Justo al acabar mi frase, escuché un leve sonido en la puerta, como si alguien siseara tras ella. Enseguida entendí lo que había provocado tal sonoridad: acababan de deslizar un sobre bajo ella.

«Buenos días, Nathan».

Me apresuré a abrirla, pero ya no encontré a nadie al otro lado.

«Adiós, Nathan».

—¿Qué hay dentro? —preguntó Buster mientras yo me afanaba en abrir el sobre: blanco por delante, blanco por detrás.

Lo que encontré en su interior se quedó grabado en mis retinas para aparecerse de noche y de día, en sueños y pensamientos, conciencia e inconciencia, luz y oscuridad. Jamás fui capaz de olvidar lo que me mostraron aquellas seis fotografías.

CAPÍTULO 11

LA CRUZ ARDIENTE

En la primera, se visualizaba a un grupo de hombres vistiendo túnica y capucha blancas, en el centro de un campo de trigo segado en forma de círculo. En el medio de dicha circunferencia, no demasiado extensa, se podía observar una gran cruz en llamas. Pude contar siete figuras alrededor de la misma, todos ellos con la faz oculta, que en el mejor de los casos, dejaban atisbar sus ojos. Con total seguridad, una de esas caras era la de nuestro «amigo» Nathan; por supuesto, otras dos pertenecían a Dexter Boothe Harris y Scott Hall Carter. Sostenían antorchas que iluminaban la noche, aunque en lo alto, sobre el maíz, se podía vislumbrar una luna llena; sin duda, ayudaba a aclarar la oscuridad.

En la segunda fotografía, cinco de los sujetos cavaban ante la llameante cruz tres agujeros poco profundos. No podía ver sus bocas, mas la impresión que tuve, era que sentían absoluto disfrute. Mi mente dibujó tras las telas siete diabólicas y macabras sonrisas.

En la tercera, dos hombres y una mujer negros se veían obligados a permanecer de rodillas frente a las fosas, de espaldas al hombre que en su momento tomó las instantáneas. Desnudos e indefensos, cabizbajos, dando la sensación de haber aceptado su inminente, funesto y desolador destino. No sabría decir qué edades comprendían, pero a simple vista parecía una familia al completo: padre, madre e hijo.

En la cuarta se observaban ya cubiertos por la tierra, con las cabezas desenterradas. Y lloraban. Solo podían llorar, lamentarse de su mal fario.

En la quinta imagen, la que penetró en mi alma desgarrándola por completo, se entendía el porqué de esos rostros extraídos de la tierra. No voy a describirla, pues resultaría demasiado doloroso. Solo diré que les obligaron a ver ardiendo a su hija menor, que por primera vez salía a escena, en otra cruz idéntica a la que llameaba.

La última estampa, muy desenfocada, presentaba al hijo adentrándose en el maizal, escapando. Un hombre de al menos metro noventa y cinco kilos, fornido, de anchas espaldas y fuertes brazos.

«Es él —pensé consternado como no lo había estado jamás—. De algún modo consiguió huir. Todo cuadra: el modus operandi, los motivos, las víctimas... Y lo más importante: tenemos su cara. Ese desgraciado de Forrest nos ha entregado en bandeja de plata al que teme sea su verdugo».

Buster examinó una a una esas fotografías sorprendentemente nítidas —nunca antes había oteado una realizada en plena noche—, sin decir nada, respirando profundamente,

arrugando el ceño asqueado. En momentos así es cuando, por muy segregacionista que sea uno, se pone en la piel de esa madre, de ese padre, de ese hermano... y recibe un latigazo que le manda de cabeza a la pena y al desorden emocional. Le miré de soslayo y exploré sus cristalinas pupilas, las mismas que reflejaban las instantáneas posadas sobre la cama, e intenté canalizar lo que debía sentir.

«Siete hombre y solo tres asesinatos —pensé sin dejar de contemplar los afectados ojos de mi compañero—; cuatro todavía por ajusticiar. Y nosotros pretendemos evitar que paguen por sus crímenes. Alguien capaz de quemar vivo a un ser humano de apenas... ¿trece años? ante su familia no merece respirar, sino encontrarse bajo tierra: justo lo que «nuestro» asesino pretende. Y me importa bien poco el color de su piel: negro, blanco, amarillo o marrón... el sufrimiento no entiende de matices. Deberíamos esperar a verles a todos sepultados, dejar pasar el tiempo en pos de una justa condena».

—¿Sabes algo, Alder? —susurró con voz entrecortada—. Esos enfermos no dudarían en hacer lo mismo con mi hijo. Para ellos, Kevin no es un ser puro: es un negro.

—Sé lo que pasa por tu cabeza, pero nuestro trabajo no es juzgar, sino hacer que las leyes se acaten. Y sabes perfectamente, que nadie puede tomarse la justicia por su cuenta, por mucho que sus motivos sean del todo lícitos. ¿Lo entiendes? Debemos dejar de lado los sentimientos y centrarnos en cumplir con nuestra obligación, que no es otra que la de atrapar al hombre que escapa en la imagen. ¿Estás conmigo, compañero?

—Claro. —Resopló expulsando toda la impotencia que laceraba sus tripas—. Pero este caso me da muy mala espina...

—Y a mí, Buster... y a mí. Pero ahora que tenemos su rostro, podremos identificarlo con facilidad. Nuestro siguiente paso ha de ser la comunidad negra de Pulaski. Allí nos dirán quién es y quizá, con un poco de suerte, nos den alguna pista fidedigna sobre su paradero.

—Y sobre cómo diantres es capaz de enterrar en vida a los asesinos de su familia... —matizó al tiempo que yo depositaba de nuevo las fotografías en el sobre.

—Exacto.



Por lógica, sabe más quien más ha vivido. Así que preguntamos por el mayor anciano de Pulaski. El rastreo nos hizo dar con un tal Azalee Saba; no era un vejestorio, pero sí el de gran peso en la comunidad.

Nos recibió a las puertas de un granero. Su simple forma de caminar hacia nosotros... sinónimo inequívoco de lo poco que agradecía la «visita».

Con total seguridad había respirado durante más de cincuenta primaveras. Vestía un mono azul cielo, sobre camisa blanca; aunque lucía algo gris, debido a la suciedad que la embadurnaba. Un sombrero de paja y un trozo del mismo «material» metido en su boca, de gruesos y rosados labios, le acompañaban también. Llamaron mi atención sus pies descalzos; no parecían resentirse en absoluto ante el contacto de lo pedregoso del terreno.

—¿Qué desean, señores? —preguntó al alcanzarnos con voz grave, masticando el trozo de paja cual rumiante, en apariencia calmado.

—Saber quién es este hombre. —Le enseñé la fotografía, que había envuelto con papeles para que solo se apreciara la cara del sujeto en cuestión. Aun así, la imagen mostraba un rostro sufriendo.

Azalee sonrió.

—Déjenme adivinar... en el resto se ve a unos tipos con túnica y capuchas blancas, ¿cierto?

«¿Miento? Lo sabrá. Debo ser sincero, o se cerrará en banda».

—Cierto.

—¿Y para qué quieren encontrar a Adwin, si puede saberse?

«Adwin: al fin su nombre».

—Esos datos son confidenciales.

Escupió el trozo de paja, al cual le siguió un escupitajo lanzado con claro desprecio.

—Entonces... no puedo ayudarles, detectives.

Vi en sus ojos la determinación, y hube de ceder. Si aquel negro no nos ofrecía su auxilio, el caso podía quedarse estancado allí mismo.

—Creemos que está enterrando vivos a ciertos miembros del Ku Klux Klan —expliqué entretanto Buster escuchaba en silencio.

—Desaparecieron —espetó Azalee con la mirada perdida en alguna parte de ese suelo que sus pies pisaban desnudos—. Los blancos dijeron que se habían mudado, incluso se encargaron de vaciar su choza para que lo pareciera. Nosotros sabemos que no es así; no fueron a ninguna parte más allá de un agujero en la superficie. Su foto confirma mis peores temores, y al mismo tiempo, me llena de dicha: sé que Adwin no murió aquel día, y supongo que tras escapar, se está encargando de darles su merecido a aquellos que asesinaron a su familia. Siempre fue un hombre decidido, de fuertes creencias y convicciones; de los que no se rinden hasta alcanzar su meta.

«De los que no me gustan».

—Todo eso está muy bien —dijo Buster entrando ante mi sorpresa en la conversación—. Pero... ¿sabe dónde está?

«La cuestión».

—Aunque así fuera, no diría una palabra, detectives. Preferiría arder en una cruz en llamas, a condenar a un hermano.

Buster evidenció su desquiciado estado. Miró a Azalee de tal modo, que este incluso retrocedió unos centímetros.

«No te falta razón. Pero hablarás».

—Escucha, negro impertinente, podemos ir por las buenas o por las malas... tú decides. Me estoy empezando a cansar.

—Díganos, al menos —hablé raudo, como tantas otras veces, cortando el airado arranque de mi compañero—, qué ocurrió el día captado en las imágenes.

Extraje las cinco restantes, las uní a la que forraban los papeles y se las entregué. Las

miró pausado y, las lágrimas hicieron acto de presencia.

—Mamá Aba nos ayudaba a tratar las dolencias que el hombre blanco se niega a atender —susurró no sin esfuerzo, al borde del sollozo—. Mamá Aba, nuestra curandera. Mas el hombre blanco no ve más allá y la acusó de bruja, de hechizar Pulaski y provocar las tormentas que por aquel entonces masacraban campos y plantaciones. —Quedó pensativo unos instantes, sin despegar la vista de las instantáneas—. No puedo ayudarles. Deben entenderlo.

«Hablarás. Se acabó la cháchara».

—Creo que no has comprendido la situación, Azalee. Si no nos ayudas, me encargaré de que esta noche recibas la visita de una cruz ardiente. No es una negociación: es una orden. ¿Dónde está? Y más te vale no mentir, o volveremos a buscarte.

—No lo sé. Lo juro por mis hijos.

—¿Cómo es capaz de fingir la muerte de otros?

Frunció el ceño.

—Así que eso es lo que haces... Adwin. Bien.

—¡Habla! —grité como si mi voz no atendiera, sin pretenderlo, sin darle permiso.

—Solo existe una forma de concebir dicha forma de... ¿disimular la vida? Mas solo un Bokor conoce la técnica conocida coloquialmente como zombificación.

—¿Y se puede saber qué es un Bokor? ¿Zombificación?

—En la religión [vudú](#), un brujo que dicen «sirve a la loa con ambas manos», practica tanto la magia negra como la magia de luz. La negra, incluye la creación de [zombies](#) y la de «ouangas», talismanes que albergan espíritus.

—¿Zombie? —pregunté de nuevo al escuchar la extraña palabra por segunda vez.

—Así llaman a los que «regresan».

«No puede ser cierto —pensé desconcertado de los pies a la cabeza».

—Si nos estás tomando el pelo... juro que yo mismo te moleré a palos.

Empezaba a percibir cómo mi cabeza perdía el norte por momentos.

—¿Y dónde podemos encontrar a uno de esos Bokor? —pregunté demasiado sorprendido como para meditar la veracidad de sus increíbles revelaciones. Tampoco teníamos mucho más... Y vimos lo que vimos en Graceland...

Azalee nos dio la espalda y caminó dirección al granero, dándonos a entender que su exposición había concluido. Pero faltaba una última respuesta, una última confidencia.

—¡¿Dónde?! —vociferé cuando a punto estaba de alcanzar la doble puerta que hacía de entrada al silo.

—En el lugar más oscuro de Haití, en el más insondable que puedan imaginar, detectives —dijo sin dejar de avanzar—. Allí encontrarán a un Bokor.

Azalee desapareció al adentrarse en el amplio almacén.

«¿Haití? Por Dios...».

Miré de reojo a Buster y le hablé entre dudas: no sabía si reír o llorar.

—¿Un último viaje, compañero?

Aunque asintiera, creo que él si tenía claras sus preferencias: llorar.

CAPÍTULO 12

EN EL LUGAR MÁS OSCURO

—Envíe esto a Chicago —le pedí al sheriff de Pulaski: máximo representante de la ley en aquel lugar de mala muerte—. Encárguese de que llegue rápido y de que... que llegue. Pero antes... —Le enseñé la cara de nuestro hombre— búsquelo.

—Es Adwin —reconoció—. Llevo tiempo sin verle... Pero sí, claro, daré con él.

«No vas a encontrar nada. Pero indaga, inepto, haz algo de provecho».

De largo bigote y cuerpo rechoncho, tranquilo, poco dicho a meterse en asuntos que no le atañeran; digamos, que se limitaba a pasar el tiempo de la mejor forma posible. Por ello y porque a mí me parecía de una incompetencia alarmante, no pude marcharme de «su pueblo» sin decirle un par de cosas: de frente, a la cara y sin tapujos.

—Es usted un auténtico inútil. —Le regañé a unos escasos veinte centímetros de distancia; ojos fijos en su mirada. Supongo que mi deplorable estado anímico, obró lo grosero y directo de la actuación—. Se cometen asesinatos en su mismísima cara y usted se ciñe a permanecer sentado, aquí, a buen recaudo, mirando hacia otra parte. Es una vergüenza para la profesión.

Buster me agarró del brazo intentando calmarme; creo que fue más un acto reflejo que un deseo real por que desistiera. Y el sheriff retrocedió. Se apartó temeroso.

—No sé de qué habla, detective —tartamudeó.

—Me refiero al Ku Klux Klan.

—¿Qué insinúa? No tengo constancia de ningún asesinato.

—Bajo el anonimato que les ceden sus capuchas blancas, han perpetrado verdaderos horrores y usted lo ha permitido no haciendo nada.

No me apetecía dialogar con aquel negligente. No podía demostrar nada. Solo poseía seis imágenes, en la cuales, ningún verdugo mostraba su faz.

—Haga su trabajo e investigue el clan hasta que nosotros tomemos cartas en el asunto. Esto no va a quedar así. Y sea efectivo, o le juro que perderá su puesto.

Me fui. En la mano derecha del sheriff quedó lo que había ido a entregar allí: las seis fotografías que partirían destino a Chicago. Allí, Brooks se ocuparía de buscar pistas sobre ese tal Adwin. Al acabar su «fechoría», supongo marchó a otra parte; lo lógico: cerca de sus presas. Puede que en ese mismo instante estuviera acechándonos al otro lado de la calle. Pero eso era algo de lo que preocuparse más adelante. Quedaba un largo trayecto: el viaje que nos mostraría lo que esconde la versión malvada de un houngan.



Complicado: así describiría a Haití. Todo resultaba de difícil acceso, de engorroso logro, de fatigado recorrido... Dar con un haitiano que conociera nuestro idioma y estuviera dispuesto a hacernos de intérprete, resultó una odisea sin precedentes. El simple hecho de escuchar la palabra «Bokor» —o en su caso, «Mambo», su femenino—, dibujaba en sus rostros el miedo absoluto. Mas el hambre, en ocasiones, hace que un hombre actúe en contra de sus temores; la desesperación hizo posible que nos acompañaran donde nadie se había introducido nunca, al menos, por voluntad propia.

«En el lugar más oscuro de Haití, en el más insondable que puedan imaginar...»: las palabras de Azalee resonaron en mi cabeza. *«Cómo encontrar oscuridad donde todo permanece bajo las sombras... —cavilé adentrándonos ya en zona pantanosa—. Incluso a plena luz del día, cuando el sol abrasa, mis ojos solo ven penumbra en todas partes. Mi maletín parece derretírseme en las manos».*

Nuestros cuerpos rozaban el límite de sus fuerzas. El viaje en barco fue la guinda que nos dejó al borde del naufragio físico y emocional.

Abasi, el intérprete, habló de un polvo que dejaba en apariencia muerto al intoxicado, de zombis, magia negra... Según la leyenda, en agosto de 1791, un grupo de hougans encabezado por un ex esclavo llamado Boukam, hizo un pacto con Lucifer en un lugar denominado Bois-Caiman. ¿Su demanda a los infiernos?: exterminar a los franceses de la isla. Sacrificaron un cerdo negro y bebieron su sangre. A cambio de dicha ayuda, los Hougans prometieron Haiti a Satán por doscientos años. Jean-Jacques Dessalines declaró la independencia en Enero de 1804 en Gonaïves. De esta forma, se convirtió en el primer Estado autónomo de América Latina. Ese día se cambió el nombre colonial de Sain-Domingue por el de Haití. Pero más allá de mitos y cuentos, lo importante era que aquel traductor, aseguraba que solo un Bokor podía instruir sobre dicho polvo, o en su caso, entregarlo. Por lo tanto, el asesino hubo de reunirse con uno de esos brujos. Debíamos entrevistar a la mismísima encarnación del demonio en aquellas tierras, y descubrir lo que Adwin sabía.

«Ellos nos encontrarán», dijo Abasi profundizando en la ciénaga.

Y tras sus palabras, penetramos en Bois-Caiman, ofreciéndoles a los Bokor nuestras almas en bandeja de plata.

CAPÍTULO 13

MAMBO

Con el agua a la altura de los tobillos, avanzamos sin buscar nada; solo pretendiendo ser cazados.

«*Es una absoluta y disparatada locura* —pensé cansado a niveles que nunca antes había alcanzado, al tiempo que la imagen de mi mujer e hija se perfilaban en mi mente—. *Cómo hemos llegado a tal extremo. Locos... Somos unos inconscientes*».

Con amplias bases y picudas cúspides, largas y anchas raíces, los árboles dotaban al paisaje de líneas transversales de luz, que se filtraban a través de los troncos por arte del mismísimo astro rey, al taciturno son del amanecer.

A mi izquierda, Buster; a mi derecha, Abasi; a nuestro alrededor, el único sonido de la fauna. Nos detuvimos al divisar una línea que cortaba la superficie del agua trazando un largo y fino surco: una serpiente.

—No la molestéis —bisbiseó el negro.

Un escalofrío recorrió hasta el lugar más recóndito de mi piel. Por suerte, y aun encontrándonos en zona de caimanes, no vi ninguno; de haberlo hecho, quizá hubiera muerto del sobresalto. Y entre vellos de punta y jadeos, escuché algo difícil de describir: una especie de soplido seco. Advertí de inmediato cómo Buster se llevaba la mano al cuello y se desplomaba en silencio.

—Están aquí —susurró Abasi con miedo en los ojos.

Otro ruido idéntico se escuchó sin darme ni siquiera tiempo a socorrer a mi compañero. Mas en esta ocasión, justo antes de que se tocara el pescuezo, pude ver clavado en su piel algo similar a un dardo; también el intérprete cayó como un tronco recién talado.

«*¿El fin?* —cavilé buscando sin éxito la procedencia de los disparos, al costado de dos cuerpos flotantes».

Hice ademán de sacar mi arma, pero enseguida desistí. Por una vez en la vida, quizá embargado por el cansancio y la dejadez, le consentí al destino guiar. Cerré los ojos. No tardé en sentir un intenso pinchazo que los abrió de forma súbita, paralizando mi cuerpo. Y el agua se abalanzó sobre mi rostro sin remedio.



El mundo boca abajo. Durante mi estado de inconsciencia todo se había volteado. El dolor de mi cabeza resultaba tan insoportable, que tardé en percatarme de la situación un largo instante: nos encontrábamos en el interior de una cabaña, colgados de los pies: confinados en la propiedad de un Bokor. Pollos degollados, salpicaduras de sangre, plumas rojas, velas negras... demasiado obvio como para negar la realidad.

«Lo merecemos por incautos. Nos decapitaran como a esas aves».

Buster y Abasi parecían dormir plácidamente acunados por el suave balanceo de sus cuerpos. Al igual yo, se hallaban amordazados y maniatados a la espalda. No conseguía distinguir con claridad, mis ojos estaban cubiertos por un robusto manto de lagañas.

Mientras me esforzaba en otear, en librarme de las ataduras, una sombra se dibujó en la tierra gris, casi ceniza, que le hacía de solado a la cabaña. Y se plantó ante mí lo que no esperaba; mi mente no había sopesado dicha posibilidad: una mujer.

Su piel, del color de la cáscara de una castaña, se vislumbraba ornamentada con pinturas blancas y rojas; rebozada en color albino, grana y barro seco. Y aunque no podía verla con claridad, era hermosa: sus ojos, sus labios, su pelo... todo resultaba de un aterrador atractivo. Portaba pulseras y colgantes confeccionados con pequeños huesos de animales —o eso esperaba—. Y vestía falda, elaborada con el mismo follaje residente en el exterior de la vivienda que, por lo mostrado en su interior, debía ser el lugar donde la bella hembra efectuaba rituales de magia negra. Sus tersos pechos no se escondían reluciendo sensuales sin pudor ante mis sorprendidos ojos, al igual que sus largas y musculadas piernas.

—¿Qué querer tú? —preguntó con dulce voz—. Hombre blanco no es bienvenido aquí.

«¿Mi idioma? —pensé asombrado mientras mis dos acompañantes seguían «durmiendo»—. Y ahora... ¿qué va a hacerme?».

Se acercó y desató la tela que silenciaba mi boca, permitiéndome de esta forma contestar a su pregunta:

—Vengo en son de paz —dije con voz ronca, sintiendo el miedo en cada recodo de mi cuerpo—, sin intención alguna de causar daño. Solo queremos saber sobre la zombificación, ese polvo que deja en apariencia exánime a quien se intoxica con él.

Arrodilló su esbelto cuerpo casi rozando sus agrietados labios los míos, y me abrió de par en par los ojos con sus manos, que sentí terrosas.

—¿Tú ir sin volver, sin hablar?

—Lo juro. Jamás regresaré y lo que digas, no saldrá de mí —asegué deseoso por salir de allí, escapar de aquella peligrosa situación.

—Así será —musitó sonriente—. Sé quién tú ser, y qué tú querer. Y en tus ojos ver verdad, bondad... y también mal. Si prometer que hombre blanco no volver... transmitir.

—Lo prometo.

Miró mis pupilas con detenimiento.

—Tú no mentir, de nombre Alder.

Acercó su rostro al mío pausada y entonces, sin mediar palabra, me besó. Y noté cómo el saber se introducía en mi mente: un afluente de palabras y doctrinas.

Justo antes de caer inconsciente, miré a mis pendientes amigos: seguían ausentes.

CAPÍTULO 14

CONOCIMIENTOS

Desperté aturdido; las manos de Buster sobre mi pecho, agitando mi cuerpo tumbado mientras el agua me remojava.

—¡Despierta! —gritó sin dejar de zarandearme.

Le escuchaba como si hablara desde la lejanía; como si su voz se perdiera más allá de un interminable túnel. Lo que sí atendía con apolínea nitidez, eran los datos que de alguna manera, aquella hermosa Mambo había alojado en mi mente. Y también una sensación de desasosiego inmensa, la necesidad de abandonar Bois-Caiman, alejarme de Haití para no regresar jamás.

Agarré a Buster de esos brazos que seguían agitándome, y ayudado por ellos, me levanté sin dejar de apretarlos con fuerza.

—Hemos de salir de aquí —le dije clavando mi mirada en la suya, agresivo—. Lo único que encontraremos es la muerte. Lo he experimentado en mis propias carnes: fuerzas que van más allá de lo racional.

Me miró sorprendido mientras Abasi ya se alejaba sin despedirse, soltando blasfemias al aire, muerto de miedo.

—Mira tu reloj —le ordené—. Observa la hora, y a la que hemos entrado.

Obedeció.

—Han transcurrido dos horas. —Frunció el ceño fijando su vista en el agua a nuestros pies, mirando más allá de ella, buscando respuestas tras el turbio fluido.

—Tiempo que no hemos pasado aquí, buen amigo. ¿Confías en mí?

—Siempre. —Alcé mi mano entregándosela, y él me la estrechó suavemente, con cariño: su aprobación, su total predisposición—. Siempre —repitió a sabiendas que algo había ocurrido, algo, que yo sabía y él no.

—Entonces, volvamos a casa.



Cada metro que la locomotora, impulsada por la acción del vapor de agua, se alejaba de Haití, me acercaba un poco más al amparo de lo conocido. Pero en realidad, mi mayor reconforte resultaba distanciarme del miedo. En mi mente un pensamiento: el mismo mensaje una y otra vez. No poseía únicamente la sabiduría que quiso transmitirme; también emociones que me

mantenían temeroso, inquieto, tenso...

Golpe de polvo: así denominaban a aquello que dejaba sin constantes vitales a quien lo recibía. Veneno del [pez globo](#), hierba del diablo, planta de mucuna, raíces, huesos, restos humanos, toxinas de varios anfibios y reptiles... bien mezclados hasta transformarse en partículas —obviamente, todo esto a través de un ritual repleto de palabras mágicas, cánticos a satán y extraños movimientos—. El compuesto extraído del pez provocaba parálisis y una acusada alteración del estado hemodinámico del sujeto, y la mucuna amnesia y alucinaciones.

La zombificación se encarga a un Bokor o a una Mambo por venganza contra un clan rival o como castigo frente a alguien que ha contravenido alguna ley. Cuando dicho polvo entra en contacto con la víctima —una persona se lo sopla en el rostro—, o al ingerirlo con alguna bebida, el afectado desfallece. La muerte, entonces, parece veraz: los latidos del corazón se ralentizan, la respiración se hace imperceptible...: lo que ya sabíamos.

Pasadas cuarenta y ocho horas, el efecto de las drogas desaparece, por lo cual el zombificado recupera, ya bajo tierra, sus signos vitales. Pero su mente nunca vuelve a una consciencia absoluta, porque el veneno causa daños irreparables en el cerebro y la víctima, se convierte en una marioneta sin voluntad propia.



Toda esa información depositada en mi intelecto como por arte de magia, resultaba del todo esclarecedora. Mas lo que de verdad me heló la sangre, lo que de verdad me estremeció, fue saber que el intoxicado seguía sintiendo, escuchando, entretanto su cuerpo permanecía inmóvil: el momento en el que era encontrado aparentemente muerto; la voz del médico confirmando dicha defunción; su inclusión en un ataúd; penetrar en la tierra sin poder hacer nada... lo experimentaba todo hasta volver, para entonces ya sí, sucumbir.

Sin duda una «muerte» perfecta; o más bien, la forma sublime de ajusticiar de nuestro hombre.



Ya casi llegando a casa, el tren hizo una de sus tantas paradas. Bajamos a estirar las piernas. Allí vimos a un muchacho periódico alzado al aire, fajo en su otro brazo bien amarrado, vendiéndolos a voz tendida:

—¡Sépanlo todo sobre el homicida que acecha en Chicago, y que ejecuta a sus víctimas tras la muerte: el conocido como ‘el asesino del óbito’!

Entretanto a mi izquierda un limpiabotas se afanaba en dejar satisfecho a su cliente, y a mi derecha una vieja intentaba subir al vagón a una cabra testaruda... sonreí a Buster.

—Bueno, sabíamos que esto iba a suceder tarde o temprano ¿no?

Me devolvió la mirada subiendo las cejas y al igual que yo, nada sorprendido.

—Esto no cambia las cosas. Seguimos en la misma tesitura: atrapar a un criminal, se llame como se llame.

CAPÍTULO 15

REENCUENTROS

Me detuve a unos seis metros de la casa. El relinchar de los caballos la debía haber alertado. Escuché latigazos a mi espalda y el sonido del carruaje alejándose calle abajo. Mi pequeña apareció. Corrió hacia mí; nunca antes me había separado tanto de ellas. La abracé como si el mundo se detuviera a nuestro alrededor. Incluso su madre, que sonreía apoyada en el marco de la puerta, pareció quedar exenta de ese transcurrir que lo cambia todo, nos trastoca cuerpo y alma. La miré percibiendo el amor por mis cuatro costados, la sensación de estar en el lugar exacto en el momento justo. Y también la del miedo alejándose; ese que arrastraba desde el encuentro con la Mambo.

Me tomé el día libre. Aunque en realidad, no era soberano de mis momentos, y jamás los disfrutaba. En mi cabeza se agitaban demasiados pensamientos, no dejándome vivir en paz: brujos vudú, muertes que no lo eran, sectas malévolas, cruces llameantes, asesinatos, venganzas... golpes de polvo.

—Es domingo —le dije a Valerie tras acostar a mi princesa; la siesta: sagrada para ella—. He perdido la noción del tiempo. Voy a ver a mi hermana, y luego a mamá.

Me acarició el rostro con la palma de su fría mano. La agarré con cariño tras «saborear» su piel rozar la mía, y le besé el dorso.

—Claro, amor —dijo suavemente—. Ve a verlas, y dales recuerdos.



Limpié con mi pañuelo el excremento que con total seguridad, una paloma había depositado sobre la nivea lápida.

«Cada día del resto de mi vida te echaré de menos, hermana —le dije en pensamientos».

Llorarle allí, consumirme en pena y dolor rodeado de tumbas me ayudaba. Reconfortaba mi ser el buscar ese indulto que, de ser ella justa, nunca alcanzaría; martirizar mi existencia en forma de pago por mis pecados, por haberle causado la muerte.

Deposité una rosa blanca ante la losa del mismo color, como hacía todos los domingos: su flor preferida.

«Si es mía, de mi propiedad... —pensé absorto en un pétalo caído sobre el césped que cubría el cementerio—, debería poder entregártela. Te la daría sin vacilar un solo instante.

Moriría aquí y ahora si con ello lograra tu vuelta».

—No te martirices, hermano —escuché tras de mí. Ni siquiera percibí sus pasos al llegar—. Sabes que te perdonó el mismo día de su muerte. Te adoraba. Eras su favorito y lo sabes... —me agarró del cuello como hacía cuando éramos niños, y me sonrió—. Eres más alto, más guapo, gracioso y espabilado que yo...

No pude evitar sonreír.

—Eso es cierto —aseguré envuelto por lazos de sangre.

Benjamin se colocó frente mí, me abrazó y me susurró casi como si sus palabras se derramaran de su boca a mi oído:

—Mamá ha muerto. La he encontrado sin vida hace apenas una hora.



Le llegó la hora: nos dejó. Pero eso no iba a evitar que la echará de menos el resto de mis días. Si estaba allí presenciando su entierro era porque decidió darme la vida. Nunca entenderé a esos hijos que reniegan de sus padres. El «simple» hecho de poseerla, se la debemos a ellos, y verles adentrarse en la tierra, irse, siempre habría de desgarrarnos el alma.

Quedó al lado de su hija, para descansar eternamente juntas.

«Si no hubiera bebido... —lamenté cogido de la mano de Valerie— ahora estarías a mi lado y no al suyo. Mi negligencia hizo que no condenaran a ese maldito asesino; di pie a que se vengara de mí utilizándote a ti».

Y ante las dos albinas lápidas, los sollozos de mi esposa y los vidriosos ojos de mi hermano, no pude evitar pensar que quizá la estábamos sepultando «viva».



A pesar de la insistencia del comisario no acepté tomar un solo día libre. Trabajar: el único modo de dejar a un lado la tristeza, solapar recuerdos con ocupación.

—He de admitir, que vuestro viaje ha resultado del todo fructífero. Y ahora que el caso es de dominio público, las presiones se intensificarán. Pero tenemos su rostro, sus motivos y el modo. Y adelantándome a vuestras preguntas... sí, he interferido para que se investigue lo vislumbrado en esas fotos. Pero también entenderéis, que van cubiertos y no han encontrado los cuerpos de esos negros...

—Y hay intereses... —dejé caer.

—Sí, también —admitió Brooks—. Ese Forrest es un hombre influyente en Tennessee. Pero dejemos a un lado ese clan del demonio y centrémonos en lo que ahora mismo nos apremia. Hemos impregnado la ciudad de carteles con la cara de ese Adwin, al igual que el pueblo de Pulaski y alrededores, y van dando sus frutos. Muchos le han identificado, pero...

Cuando el comisario se disponía, muy probablemente, a comunicarnos la falta de una pesquisa fidedigna a seguir... se escucharon tres golpes en la puerta.

—Adelante.

Jimmy asomó sofocado.

—Trabajó en una granja a las afueras —soltó sin más—. El propietario dice que marchó sin cobrar el último salario.

«*Justo a tiempo, Jimmy*».

CAPÍTULO 16

LA MUERTE Y LA PESQUISA

Buster me alentó a que fuéramos a pie. Sabía que de vez en cuando necesitaba desfogarse. Mi bicicleta quedó en la entrada de comisaría. Un paseo para relajarnos que a mí, al contrario que a mi compañero, no me sentó demasiado bien. La totalidad del trayecto lo pasé escuchando cómo se quejaba de su vida, de sus desgracias... mas de fondo y durante todo el viaje, asomó entre sus palabras el rostro de mi madre.

Concurrido por carretas y carruajes, el polvo nos cubrió constantemente durante el camino. Llegamos a la granja en la cual, a falta de una confirmación, trabajó nuestro particular asesino. Una estrecha senda circundada por bajas vallas que se alargaba más allá de la vista nos guio hasta la hacienda; girasoles en busca de la mayor fuente de radiación del planeta quedaron tras las maderas oscuras. Desde la lejanía, el propietario nos divisó llegar, y se acercó a recibirnos secándose el sudor con la manga de su camisa gris. Nos presentamos al tiempo que le estrechábamos la mano.

Unos cincuenta años, delgado y alto, de barba desaliñada y rizada, moreno. Ojos claros bajo un holgado sombrero de paja, pantalón marrón y camisa apagada.

—Tenemos constancia de que...

—Sí, sin duda —contestó sin dejar que acabara la frase—. Trabajó aquí un mes más o menos.

—Cuéntenos sobre él, si advirtió algo extraño, si sabe dónde podemos encontrarle, si...

De nuevo, cortó mis palabras:

—Les mostraré su «alojamiento», tal y como estaba antes de su marcha. —El hombre comenzó a andar dirección a las cuadras mientras seguía hablando. Entró y señaló un rincón junto a una gran montaña de heces—. Ya ni tiempo tengo de limpiar...

Tan solo una manta sobre el suelo.

«Esto no sirve para nada».

—¿Cómo era? —preguntó Buster escudriñando el lugar.

—Callado y muy educado, a la vez que trabajador, de fuertes brazos capaces de laborar durante largas jornadas. No muy hablador, la verdad; se limitaba a cumplir con su cometido.

—¿No dejó nada al partir? ¿Esto es todo?

El granjero quedó pensativo unos instantes.

—Síganme —solicitó haciendo ademán con las manos—. Encontré algo al día siguiente de su marcha.

Obedecemos hasta alcanzar el interior de la estancia principal. El hombre se dirigió a una de sus paredes de madera y señaló una pequeña cruz.

—Esto. Me pareció bonita y la coloqué aquí de adorno.

Miré a Buster y muy probablemente, pensamos lo mismo:

«*Graceland*».

El crucifijo pertenecía al cementerio donde enterraron a Dexter Boothe Harris y Scott Hall Carter. El asesino estuvo allí por algún motivo; en realidad, no tenía por qué hacerlo: gesto del todo gratuito. ¿Visitó a sus víctimas? ¿Les llevó flores...?



«*Su rostro, sus razones y la forma en que ejecuta a sus víctimas... —pensé ante la puerta tras la cual, esperaba mi niña preciosa—. De qué sirven si nunca conseguiremos dar con él. Lo extenso del mundo juega en nuestra contra. Además, sabrá de los carteles, los progresos realizados... Y eso, siempre y cuando no esté a miles de kilómetros de distancia*».

Entré casi dándome por vencido, decaído, subyugado a lo negativo; mas a partir de ahí, todo debía desaparecer, quedar tras la linde que separaba mi trabajo de la vida. El amor le daría a mi cuerpo las fuerzas necesarias para proseguir.

Pero al entrar no estaba. Un escalofrío recorrió mi cuerpo haciéndome temblar por dentro.

—¿Hija? ¿Cariño? —Solo silencio.

Nunca antes había hallado la soledad al acceder. Y entonces, entretanto los peores presagios se perfilaban en mi mente, un desgarrador grito dejó atrás la calma. Corrí hacia el comedor y las encontré: mi pequeña llorando sobre su cuerpo; mi mujer tumbada en el suelo.

—¡Ve a tu cuarto! ¡Y cierra la puerta! —le grité a mi hija perturbado.

Acerqué mi oído a su pecho, palpé su muñeca, la recosté buscando una reacción: nada. Vi una nota caer al suelo procedente de algún lugar de su ropa. No fui capaz de leerla en aquel momento. Pero lo que contenía, dio pie al detonante de todo:

«Por ignorar la justicia, ha pagado. No permitiré que deje sin su merecido castigo a aquellos que mataron a mi familia. Veré cómo sucumben conscientes a cada uno de ellos, las lágrimas de sus seres queridos... como ya hice con esos dos malnacidos; como ellos hicieron conmigo. No debió adentrarse en Bois-Caiman, detective. Mi venganza es legítima y usted lo sabe, y aun así intenta detenerme. Por ello su mujer ha recibido el ‘golpe de polvo’, y renacerá sin voluntad propia bajo tierra. Y le advierto: de seguir, la siguiente será su hija».

CAPÍTULO 17

FRÍO ETERNO

Entré en la morgue y como una cordillera nevada, su cuerpo, cubierto por una sábana, se perfiló ante mí. Si mil dagas hubieran atravesado mi corazón en ese mismo instante, no hubiera sentido nada; el dolor que padecía solapaba cualquier otro. Me acerqué pausado y aparté la tela que escondía su hermosa faz. No pude evitar el sollozo, el inicio de mi particular *vía crucis*. La hallé nívea, mortecina... semimuerta.

—Sé que escuchas, mi amor —articulé entre lágrimas—, el sufrimiento que padeces; y aquí estoy para impedir que prosiga: para salvarte.

Acaricié su rostro y acerqué mis labios a los suyos, y una lágrima se me desprendió a plomo sobre uno de sus párpados. La besé lentamente sintiendo su frío en mi piel; frío que ya nunca escaparía de mí.

—Cuidaré de nuestra hija, lo juro. Y también juro que haré colgar a quien te ha hecho esto. No existe lugar en el mundo donde pueda esconderse. No hay abismo lo suficientemente profundo y oscuro que le salve ya de Alder McAlister. Ha cometido un grave error: desatar la ira que dormitaba, y ahora nadie va a poder aplacarla.

Sentí una inmensa agonía, que me arrastraba a alzarla en brazos y sacarla de allí, llevarla a casa con nuestra pequeña. Mas aquel día solo podía hacer una cosa.

—Siempre te amaré —le susurré al oído—. Más allá de la vida y la muerte, la razón y la sinrazón... del tiempo. Espérame allí donde vayas, no tardaré en acudir a tu encuentro.

Saqué del bolsillo interno de mi chaqué una daga de fino y afilado filo, y la coloqué de punta sobre ese corazón que apenas latía.

«Nunca me perdonaré lo que a punto estoy de hacer —medité mientras lo sujetaba de la empuñadura—. No existe redención posible ante mi acto, indulto ni merced. Pagaré por ello el resto de mi existencia, y lo haré gustoso, amada mía».

Empujé con fuerza y el vértice se adentró en la piel de mi esposa seguida del total del acero, que la atravesó cortando el delgado hilo del cual pendía su vida. Extraje el puñal apretando los dientes impotente, llorando y la abracé entregándole todo el amor que poseía.

—Lo siento —susurré mientras el frío, su frío, seguía calándome el alma.

La posé suavemente sobre la mesa de piedra que la sustentaba desnuda, y la cubrí de nuevo.

Me fui sin mirar atrás; la vida fija en un solo anhelo: acabar con el asesino del amor de la mía.

«*Nadie va a condenarme por matar algo que ya estaba muerto* —pensé entretanto dejaba tras de mí un largo e intenso reguero de cólera».

BUSTER:

Me temía lo peor. Nunca antes se había ausentado a nuestra cita en el ‘Three Songs’, y después de los últimos acontecimientos, mis recelos no apuntaban en el buen camino.

La puerta cerrada, y no tenía tiempo que perder: la abrí de una patada. El interior se mostró oscuro, gris, envuelto por un aura siniestra. Recorrí el pasillo arma en mano dirección al salón principal, arropado por un silencio casi absoluto, cortante y allí, en su centro, encontré a mi compañero. Bajo sus pies suspendidos en el aire, una silla volcada; sobre su cabeza, una lámpara de techo de la que colgaba una soga: la misma que atada al cuello, se lo había partido al sustentar su cuerpo.

«*Por Dios. ¿Qué has hecho, Alder?*».



Muchos estaban allí obligados; otros, sentían realmente su pérdida; la mayoría, ni siquiera entendía lo mucho que la ciudad de Chicago acababa de perder; yo, lo que de verdad sentía, era el peso del ataúd que portaba los restos de mi amigo clavándoseme en el hombro derecho.

Siete rosas posadas sobre el féretro disimulaban los orificios por los que la luz se filtraba junto al oxígeno. Observé mi reloj de bolsillo justo tras depositar la caja en el césped: el segundero a punto estaba de marcar las once: hora clave. Me quedé absorto mirando cómo pasaba cada instante, cada *tic-tac*: seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...

«*Vamos, Alder*».

Imaginad la escena: la tapa de la caja volando por los aires y el bueno de McAlister, cual fantasma, emergiendo entre flores ante el estupor de los presentes.

Dibujé en mi rostro una media sonrisa. No fui capaz de evitarla.

«*Es un alivio que su hija, ni obviamente su esposa, estén hoy aquí*».

Mezclada entre los gritos de la concurrencia, se escuchó la voz del recién resucitado:

—¡Procedimiento policial! ¡Manténganse tranquilos! —vociferó al tiempo que alzaba la mano derecha y pegaba tres tiros al aire: señal inequívoca que dejaría el cementerio tapiado por completo.

«*Y ahora qué, maldito negro, ¿dónde vas a ir?*».

Intenté seguirle entre el desconcierto, pero como ya me había percatado en otras ocasiones, sus piernas eran más veloces que las mías. Le veía de espaldas, corriendo hacia

ninguna parte, buscando al asesino de su esposa, al hombre que le había arrastrado al infierno en vida. Y entonces, atisbé cómo sin dejar de aminorar la marcha, apuntaba a algo o a alguien.

—¡Detente! ¡Quieto! —escuché a lo lejos. Y un disparo.

Tras jactarse unos metros más, le alcancé: Alder ante un tipo de color, enorme, tirado al suelo, herido de bala en una pierna: NUESTRO HOMBRE.



Tamborileé mis dedos sobre la mesa nervioso, observando su silencio, su cabeza gacha, su gran cuerpo... Me imaginé pegándole un tiro en el pecho, para que de este modo, pudiera mirar cómo la sangre brotaba, la vida se le escabullía mientras yo me reía en su cara.

—No hables si no lo deseas —dije intentando aparentar calma—. Solo quiero explicarte lo que va a ocurrir a partir de ahora. Se efectuará un juicio en el cual tu cualidad de negro asesino hijo de perra, obrará tu muerte en la horca. —Dejé de golpear la madera—. Me alegra que esos encapuchados del Ku Klux Klan acabaran con tu familia de mierda. Me reconforta pensar que los componentes de ese KKK se adelantaron haciéndote pagar por tus futuros actos. Quizá pida ingresar en él... —dije de vuelta de todo, tentado en demasía por el mal. Mientras, él seguía sin abrir la boca, mirando sus manos esposadas—. Debería molerte a palos, grandullón. Pero por desgracia, me debo a la ley...

Adwin susurró algo.

—¡Habla claro, negro! —vociferó Buster sentado a mi derecha.

—¿Cómo lo supo, detective? —preguntó al fin claramente.

—¿El qué?

—Que acudiría a su entierro.

—Me lo dijiste —aseguré tajante. Adwin cambió entonces su semblante, que pareció sorprenderse—. Tras encontrar la cruz... tú mismo te delataste: «No permitiré que deje sin su merecido castigo a aquellos que mataron a mi familia. Veré cómo les adentran en la tierra conscientes a cada uno de ellos, las lágrimas de sus seres queridos... como ya hice con esos dos malnacidos; como ellos hicieron conmigo». ¿Entiendes? Aunque en realidad, me arriesgué. No pensé que siguieras en Chicago, he de serte sincero.

—Permanecí porque todavía tenía asuntos que resolver aquí: un último miembro del clan por enterrar.

«Se nos escapó. Tres de los que aparecían en las fotos eran de Chicago. ¿Suerte? Siempre serás bienvenida».

—Me alegro entonces.

—Y la maté precisamente por eso, porque usted se interponía en mi camino. Me resultaban engorrosos esos carteles con mi rostro por doquier; me hacían complicado el cometido. Por ello decidí castigarle. Digamos que su buen hacer, hizo que ella muriera.

Saqué mi arma y le encañoné la cabeza.

—No sigas por ahí, o te vuelo los sesos. A nadie va a importarle, te lo aseguro.

—No vale la pena, Alder —musitó Buster bajándome el brazo lentamente—. Pronto no será más que otro negro colgado de una soga. Todo está más que claro. Vayámonos. —Miró a Adwin—. «Nos vemos el día de tu ajusticiamiento», le dijo. Y le guiñó el ojo.

Justo antes de que abandonáramos la sala, habló:

—Esto no va a quedar así, detectives —declaró sonriente.

Solían ser habituales las amenazas entre aquellas cuatro paredes; así que no le di demasiada importancia a su advertencia. La verdad: marché con la extraña sensación de dejar cabos sueltos, asuntos pendientes. Ciertamente es que la pena me embargaba y solo deseaba terminar con todo; incluida mi vida.

Quizá debí ser más meticuloso, inquirir en su mente con mayor ímpetu. Mas si os soy franco... hubiera resultado imposible predecir lo que Adwin insinuaba con sus palabras.

CAPÍTULO 18

BAJO LA PROTECCIÓN DE LAS BAYONETAS

El cadalso, custodiado por soldados engalanados hasta las cejas, esperaba a verdugo y víctima. Las bayonetas trazaban alrededor del lugar donde el condenado sería ajusticiado, el mismo donde su cuello se partiría por orden explícita de la ley, un cuadro de afiladas y puntiagudas cuchillas. Adwin sería guiado, testa cubierta por un saco blanco confeccionado para la ocasión, a una trampilla que al abrirse mandaría su alma de cabeza al infierno.

«De no haberla matado —pensé con la mirada fija en los reflejos que la luz del sol originaba en los grises metales—, hoy se haría la ley, mas no se haría justicia. ¿Quién no lo hubiera hecho de tener sus medios? Pero pasó a ser hombre digno de una merecida muerte el día que cruzó la línea, y acabó con un alma inocente. Pagaré la osadía de provocar mi ira: su mayor crimen. Se reunirá al fin con su familia. Aunque espero que allí donde vaya no encuentre nada».



La multitud se agolpaba deseosa por ver la ejecución; las de negros, las más afluidas y más si se trataba de un caso popular.

Esposado de pies y manos, el reo, corto paso tras corto paso, se colocó en el lugar idóneo. Su enorme cuerpo se mantuvo erguido en todo momento, y al contrario que en otras ocasiones, de él no se escuchó ni un solo gemido, un mísero sollozo.

«Sabe que ha llegado su hora, y lo acepta».

No resulta sencillo proseguir firme cuando se advierte el fin: no suplicar, pedir clemencia... muchos valientes se han orinado encima justo antes de abrirse la trampilla, incluso defecado. Una vez, un condenado llegó al extremo de sudar sangre. Pero aquel gran hombre no lloraría, ni lamentaría su suerte pues ya no le importaba nada: solo el hecho de no ver concluida su venganza.

El cura soltó la habitual verborrea y justo cuando terminó, Adwin habló sorprendiendo a los presentes:

—¡Como petición final, quisiera estrechar la mano de los hombres que me han detenido: agentes McAlister y Tolley! —gritó con su potente y grave voz, tras la pálida tela que escondía su rostro—. Les respeto y admiro... y quisiera quedar en paz con ellos.

Nuestra ubicación, pegados al escenario, hizo que escucháramos su ruego; pocos más,

aparte de los soldados que custodiaban al condenado, lo hicieron. El verdugo ya agarraba la manivela que acallaría sus palabras; nos miró como si esperara de nosotros una confirmación. Buster alzó el brazo, demandando con su gesto que esperara.

—No le negaré su último deseo —me dijo con un claro tono guasón—. Además, me apetece despedirme de él.

No dije nada, y como es sabido, quien calla otorga. También mi gesto evidenció que no iba a moverme.

«*No puede hacernos daño* —pensé mientras observaba a mi camarada subir al «estrado»—. *Pero no merece lo que implora*».

El reo elevó el brazo derecho supongo que alertado por los pasos, el crujir de la madera a sus pies, y Buster lo agarró con brío, decidido, empujándolo hacia él, susurrándole al oído:

—Espero que te pudras en el infierno, maldito negro —escuché levemente.

Enseguida atendí a la contestación de Adwin:

—Tú primero, detective.

Y mi compañero se desplomó de espaldas, golpeándose la cabeza con la tarima de madera.

Corrí sobrecogido hasta alcanzarle: sin pulso, sin aliento... ¿sin vida?

Lloré de la forma más sobrehumana que un hombre pueda llorar. Y entre lágrimas yo no me despedí de nadie: saqué mi arma y le disparé a aquel maldito desgraciado perforando la tela que cubría su cabeza, ante el estupor de los que contemplaban lo que habían ido a presenciar allí: una ejecución.

Su cuerpo, al fin, pendió de una soga.

Y una mancha se expandió.

Y nunca el rojo sobre el blanco fue tan hermoso.



De pronto, la vida te lo arrebató todo. Desnudo en el ojo de un huracán de hielo, de un invernal frío que ella misma remite, te abandona. Ventisca de muerte, soledad y pena, desidia... vendaval que desuella y penetra en el alma congelándola, tornándola fría y dura. Mas lo gélido también quema, y yo ardía por dentro.

Siempre he poseído mi propia teoría sobre la vida y sus desgracias: son de ida y vuelta. Se nos fija un destino que ella, dependiendo de nuestros actos, trastoca a placer. Quizá el mío fue ser feliz en un principio, y yo mismo lo he alterado hasta convertirlo en fatalidad. Con Buster fue benévola y se lo llevó. A mí, me mantiene inmerso en sufrimiento. De este modo el pasado siempre vuelve; y mis actos han desembocado en el hombre que soy ahora.

Os preguntaréis cómo murió Buster; yo también. No hay un solo día que no intente dilucidar lo que ocurrió sobre aquel patíbulo. El sonido de su cabeza golpeando la madera se grabó aquella soleada mañana a fuego en la mía. Y sabía que solo un último aliento sería capaz

de extirpar dicho crujido de mi alma.

EPÍLOGO

Entré en el ‘Three Songs’ y miré el taburete donde solía sentarse Buster. Me causó malestar contemplarlo allí tan vacío, triste, frío...

—Sophie —dije sin saludar—. Ese asiento, el de los rasguños en la pata... —lo señalé con el mentón entretanto ella asentía—. No quiero volver a verlo, ¿entendido?

La muchacha se apresuró a apartarlo de mi vista.

—Buena chica —le dije al tiempo que le guiñaba el ojo y le palmeaba el trasero. No le gustó mi gesto. ¿La verdad?: no le gustaba yo. Y me importaba una mierda.

Justo cuando me senté ante la barra, Jimmy asomó por la puerta del establecimiento. Me vio. Entró y se dirigió a mi encuentro.

—Buenos días, señor McAlister —saludó justo antes de acercar su boca a mi oído—. Han hallado tres cadáveres desollados en un escampado, vestidos... —susurró con voz débil, angustiada.

—Bien —contesté impertérrito—. Puedes irte.

Marchó por donde había llegado; ni siquiera se despidió.

«*Cualquier día le cruzo la cara...*».

—Tengo trabajo, Sophie —dije con voz firme, autoritaria—. No me hagas perder más el tiempo.

Quedé pensativo con la mirada fija en el mostrador, en su desgastado color cerezo. Si algo no me faltaban, eran recuerdos con los que martirizar mi existencia.

Y expulsándome de dichos tormentos, la joven camarera deslizó ante mí un rebosante vaso de whiskey.

LOS CRÍMENES POST MORTEM

Marcos Nieto Pallarés

CAPÍTULO EXTRA

EL SECRETO DE AZALEE

Las mazorcas golpearon mi rostro como si yo fuera el parche de un tambor y el fruto del maíz un grupo agresor de baquetas incesantes. Sentía la tierra por todo el cuerpo y los gritos de mi hermana quemándose, mi padre tragando piedras, mi madre enterrada viva... Corría. Solo corría sin saber a dónde ir empujado por el miedo, el desorden, la conmoción... huía sin más con el único propósito de esconderme de las capuchas blancas, las cruces llameantes... ocultarme de la muerte.



Golpeé la puerta henchido de ira e impotencia, y al mismo tiempo, el deseo cobarde de encontrar un atisbo de seguridad, sentirme a salvo; cobarde por pensar en mí cuando apenas unas horas antes contemplaba el brutal asesinato de mi sangre.

«*Debería anhelar la muerte y no la vida* —cavilé mientras la puerta se abría y mi cabeza, seguía negándose a aceptar lo ocurrido».

Escondida tras el miedo y el llanto, el ansia por desaparecer y el desconsuelo, aguardaba paciente mi venganza: sin prisa, inmutable, sabedora de que pasado el trastorno inicial, llegaría su momento. Apenas la advertí entonces; luego, no existió nada más.

—¿Qué ocurre, Adwin? ¡¿Qué haces desnudo?! —preguntó Azalee receloso, frotándose los ojos—. Es muy tarde y... pasa, por Dios, te daré algo de ropa.

Solo la luz ambarina de una vela, posada en una pequeña mesa de madera, iluminaba la habitación donde vivía el único hombre en el que podía confiar. Colocó sobre mis hombros una manta que sentí fría, húmeda...

—No tengo ropa de tu talla, grandullón... —dijo mostrándome una camisa—, pero la conseguiré.

—Los han matado a todos —musité como si no hubiera dicho nada, abismado en mis propios padecimientos—: quemada, enterrado, ahogada...

—Dios nos guarde de tanta maldad —lamentó Azalee sorprendido ante mis revelaciones, cabizbajo.

—Han entrado y arrastrado al maíz, en plena noche, fuego, fosas... —deliré sin saber

muy bien qué hacía ni dónde estaba— Bajo el cobijo de la noche nos han desnudado ante nuestras propias tumbas, y la cruz ha ardido con Madeleine en ella... y poco a poco, llanto a llanto, se han quedado sin oxígeno.

Mi interlocutor no dijo una palabra; quedó escuchando mis desvaríos quieto, ante mí, esperando su fin paciente.

—La imagen de su hija suplicando no morir calcinada —proseguí como si los recuerdos y las palabras se fusionaran en tiempo real— clavada en sus retinas... hasta que un último y agradecido aliento, extirpador de dolores y suplicios, les ha permitido descansar en paz.

«¿*En paz?*»

Azalee me abrazó unos segundos al intuir la conclusión de los delirios. No podía dejar de llorar. Me separó de su pecho con temple y agarró de los hombros.

—Han sido esos malnacidos del Ku Klux Klan, ¿verdad?

—Sí —aseguré entre lágrimas mientras él, compungido, negaba con la cabeza.

—Escucha, hijo —musitó con voz suave, sosegada, supongo que intentando tranquilizarme—. Has de ser fuerte. Necesito de todo tu brío para mortificar con el peor de los castigos a los asesinos de tu familia. No permitiré que sigan hostigando así a nuestra raza. Padecerán lo que tus padres, mis amigos, esta noche: obraremos para que sean enterrados en vida y que además, lo sientan.

Miraba sus ojos sin entenderle. No he vuelto a ver una mirada así, tan llena de cólera y decisión. Y le escuché aunque no discerniera una palabra, solo filtrara información. Y lo que en ese instante de mi vida careció de sentido, se lo dio más tarde.

—Te aleccionaré en mis artes —explicó Azalee convencido, enérgico—. Te mostraré lo que mi maestro hougan me enseñó. Incluso una nueva técnica de mi propia invención: adherir el polvo a tu propia piel, sin sufrir su efecto, para así contagiarlo al contacto con otra.

«¿*Polvo? ¿Maestro hougan? ¿Efecto?* —pensé fascinado, inmerso en mil pensamientos».

Apreté de nuevo mis hombros y me abrazó entregándome lo que en ese instante más necesitaba: calor humano. Y entre sus brazos, susurró:

—Nadie aquí lo sabe, Adwin, pero aunque mis raíces se remontan al África Subsahariana, nací en la República de Haití, y por lo tanto, soy haitiano. Y desde el mismo día de mi nacimiento, fui elegido como el discípulo de un brujo vudú: mi gran secreto. Pero escapé de ellos y su influjo, algo que se penaliza con la zombificación. Por ello me escondo aquí desde hace años, evadiendo su búsqueda.

No entendía nada. Mas haría lo que fuera si con ello satisfacía mis ansias de redención. Todo carecía de sentido, pero aquellas inconexas palabras parecían vaticinarle una última finalidad a mi vida.

—Ahora ha llegado el turno de mi elección —prosiguió Azalee contundente mientras yo escuchaba ensimismado—. Y te elijo a ti, Adwin, mi joven aprendiz. Guiaré tus pasos hacia una más que justa venganza: serás, lo que yo soy.

LOS CRÍMENES POST MORTEM

Marcos Nieto Pallarés

No puedo finalizar esta novela sin antes agradecer a alguno de mis compañeros el haberme ayudado a caminar por este «mundillo» que tantas envidias suscita. No daré nombres, para de este modo no olvidar a nadie —no podría perdonármelo—. Mas sé, que os daréis por aludidos; pues solo vosotros sabéis cuál es el verdadero significado del éxito. Por supuesto, también a mis lectores y a cada uno de los blogs que han reseñado o publicitado alguna de mis novelas. GRACIAS por estar ahí. GRACIAS POR LEERME.

Pequeño regalo de agradecimiento:

RELATO CORTO

RECUERDOS DE SAL

—¿Dónde vamos, muchacho? —preguntó la señora López desde su silla de ruedas en la parte trasera de la furgoneta.

—A un lugar especial —contesté escueto.

—A mi edad ya no estoy para sorpresas, ¿sabes?

—Podemos regresar a la residencia... si quiere.

—No —murmuró—. Prefiero dar una vuelta, estoy cansada de estar siempre rodeada de viejos seniles.

Miré por el retrovisor y la contemplé apenas un segundo. Sonreí. Sabía que le gustaban las sorpresas; por mucho que frunciera el ceño, y se hiciera la cascarrabias mientras tanto observaba a través del cristal a los viandantes que paseaban por la transcurrida calle por la que circulábamos.

Detuve la furgoneta, giré la llave y tiré con fuerza del freno de mano.

—¿Hemos llegado? —preguntó, un poco más enfática esta vez.

—Sí.

—¿Y se puede saber dónde?

—Ahora lo verá.

Salí y me dirigí a la parte trasera del vehículo. Abrí la puerta corredera y la encontré sobre su silla de ruedas, mirando al frente, pareciendo estar molesta con el mundo. Sonreí expulsando el aire por la nariz; entonces me miró.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en la residencia? —preguntó entrecerrando un ojo, examinándome de arriba abajo.

—Un par de semanas.

—¿Y cómo es posible que nunca te haya visto antes?

—He estado de prácticas. Usted es mi primer trabajo serio. — Le guiñé el ojo.

—¡Vaya por Dios! Todo un honor... supongo —musitó en tono claramente sarcástico.

—¡Venga! —dije enfático—, ¡vamos a dar un paseo!

Aparqué en una calle paralela al lugar al que nos dirigíamos. La bajé por la rampa trasera de la furgoneta y la empujé por el centro de una calle peatonal repleta de tiendas. Sabía que no le gustaban las aglomeraciones, la agobiaban, pero se mantuvo en silencio hasta que se reveló lo que habíamos ido a buscar allí. La línea azul del horizonte apareció al término de la transitada calle. No dijo nada; yo sabía que su corazón palpitaba emocionado.

—¿El mar? —preguntó en un susurro retórico.

—¿Te gusta la sorpresa?

—Sí —contestó tajante, seca.

Aunque en ese mismo instante no lo recordara, su difunto marido surcó junto a ella los siete mares. Me lo contaba cada vez que los recuerdos afloraban en su mente, cada vez que la lucidez le permitía ser quien era y no un alma anclada en el presente. Tampoco era la primera vez que la «arrastraba» hasta allí. Se me encogía el corazón después de tantas veces, tantas sorpresas repetidas, tantos paseos vividos... y que ella no me recordara. Pero estaba allí para hacerle llevadero el camino, para endulzarle la dramática falta de esa vida que padecía.

Las ruedas de la silla dejaron surcos en la arena tras nosotros. Y justo donde las olas penetran en la tierra para regresar de nuevo al mar, paré y me senté a su lado.

—¡Vas a mojarte, muchacho! —exclamó observando cómo el salado fluido bañaba mis pies y, al mismo tiempo, remojaba también mis pantalones de tela blancos.

—No importa. —La suave brisa que sobre las olas nos enviaba el mar, meció nuestros cabellos—. Solo es agua... —suspiré.

Ella miró al frente, como si sus ojos ahondaran más allá del horizonte, más allá de esos recuerdos que en algún lugar de su mente, escondidos, gritaban por salir al exterior; me miró de nuevo.

—¿Sabes? —Sus ojos brillaron como dos inmensos luceros—. Es una pena que esta silla no sepa nadar, ¿verdad?

Le sonreí.

—¿Sabes? —contesté pausado—. Es una suerte que yo sí.

Me levanté y la alcé en brazos. Ella no dijo nada; solo me envolvió suavemente con los suyos. Apoyó la cabeza en mi pecho al tiempo que yo sentía los latidos de su corazón, y caminé sobre la arena mojada dirección al inmenso océano. Poco a poco, el agua subió hasta alcanzarla y me abrazó con más fuerza al sentir su salado y frío efecto. Y como tantas otras veces, esa misma sal revivió a la mujer que dormitaba en su interior, en lo más interno de lo que, sin esos recuerdos, somos al fin y al cabo: un amasijo de huesos, piel y órganos. Clavó su mirada en la mía, sonrió y una lágrima descendió por cada una de sus mejillas, y por cada una de las mías. Entonces, al son de esas olas que nos regaban en sal, me recordó.

—Ahora te veo, hijo mío —dijo asintiendo y dibujando al tiempo una amplia sonrisa en su rostro.

—Hola, mamá.